

CENIT

— sociología —
ciencia — literatura



Plácido Bravo : Hoja por hoja.

Floreál Ocaña : Los determinismos.

José María Gironella : En el tren de Port-Bou a Barcelona.

Cosme Paules : El tono de una revista.

Severino Campos : Modalidades y esencia autoritaria.

Puyol : del osario.

Ildefonso : El inadaptado.

Federica Montseny : Los ecos de la tragedia de Chicago.

J. Ferrer : Santo Domingo Guzmán.

Angel Samblancat : Dos Américas distintas, pero iguales.

Amparo Poch y Gascón : Valor del principio individualista.

V. M. : Dos sueños de Pacificus.

La Masonería, según Bakunin.

Denis : El cortesano.

Victor García : El pensamiento anarquista (folleón).

137

MAYO · 1962

REVISTA MENSUAL



Nuestra portada

NO es asunto de ritos, ni tampoco evocamos la gesta por simple rotación del calendario. Se perpetúa, porque lo contrario sería traicionar al ideal y a la historia.

El Primero de Mayo es día espartacano, de rebelión y de victoria. Es día de progreso y de humanidad en el mejor sentido de la palabra.

No es la fiesta del trabajo sino de la dignidad, no del jolgorio, sino de la reflexión y del combate.

Triste sino para aquéllos que adoptan actitudes huidizas, para aquéllos que en lugar de sumarse al pueblo se alejan de él rindiendo nula su energía social.

El aislamiento de los libertarios en fechas como la del Primero de Mayo constituye un contraste con la actitud revolucionaria de los trabajadores de Chicago, que dieron el golpe mortal a las jornadas de trabajo agotadoras, que fueron pueblo allí donde el pueblo se manifestaba. Más fácil les hubiese sido a los Spies, los Parsons, etc., el elegir un lugar en donde campar y excursionar que el de mezclarse con el pueblo protestatario y anti-esclavista. Pero ellos vivían para cumplir su misión revolucionaria.

La imagen de nuestra portada consagra muy bien el triunfo y el alcance de aquella famosa gesta:

La muerte de los cinco mártires abrió un abismo en el que irá a enterrarse el sistema capitalista. Hasta la sombra de la horca hace crujir la potencia del dinero. Hacia el abismo se dirige el capitalismo gracias a la presión de la clase trabajadora organizada y a la acción social de los que como los anarquistas de Chicago

saben morir
como Cristo en Galilea
y beber,
como Sócrates, cicuta
por el símbolo excelso
de una idea.

CENT

REVISTA MENSUAL
DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

Redacción:

Federica Montseny, José Borrás, Miguel Celma

Colaboradores:

José Peirats, Vladimiro Muñoz, Adolfo Hernández,
Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert
Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio,
Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman,
J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina,
Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Esgleas, Osmán
Desiré, Doctor Juan Lazarte, Renée Lamberet,
A. Prudhommeaux

Precios de suscripción. — Francia: Trimestre, 3 NF.

Semestre, 6 NF. Año, 12 NF.

Número suelto, 1 NF.

Paqueteros, 10 % de descuento

Exterior: Semestre, 7 NF. Año, 13 NF.

Giros: « CNT », hebdomadaire. C.C.P. 1197-21,
4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute Garonne)

CÉNIT

REVISTA DE SOCIOLOGIA CIENCIA Y LITERATURA

Año XII

Toulouse, Mayo 1962

Nº 137

HOJA POR HOJA

HINCADO estaba. Unos martillazos más y vamos a por el remache.

No se trata de incurrir en comparaciones incongruentes sobre si el uso de las letras es mejor palanca para levantar la marmórea losa o lápida de la injusticia, bajo la cual gemimos o expiramos.

De sobras sabemos que en desarmando el alma de todas sus tendencias agresivas, o arrancando del cerebro prujicios y telarañas, la ma-



no homicida suelta por si sola la daga, y ni maldita la gana que le queda de volver a empuñarla.

Mas es cuestión de orden o cronología; pues ¿acaso puede negarse que es debido a esta espada suspendida sobre nuestras testas lo que impide que el libro se abra, se imprima, o que nuestras mentes serenas lo hilvanten? Sin embargo, tratándose de libracos, breviarlos, dogmas, decálogos legislados por el Estado, cuentos macabros y falaciosos en guisa de Historia, y coplas de calainos, se retira la amenaza; pues entonces el libro hace pendiente con la daga, pócima soporífera que adormece cuando no mata.

No debe extrañarnos, vistas las cosas de este ángulo, que en lides y luchas de esta naturaleza primaria haya propensión al exceso; que por no haber sido tú en extremo respetuoso con lo mío, yo me sienta un tanto

por PLACIDO BRAVO

celoso de lo tuyo; y si esto que es de tan difícil justiprecio a las buenas y serenas, ¿cómo no iba a serlo a las malas y oscuras? Por eso es tan magnífico lo que el gran manco preconizara como ley del siglo de oro; que despreciando lo posesivo nos contentásemos con lo usativo, lo que no quiere decir que se deslizaran algunos abusativos o desaprensivos. Mas en tanto el «dar» dependa de la fuerza del que exige, o viceversa, el «quitar» de la resistencia que oponga el que lo retiene, no podemos soñar en relaciones armoniosas y apacibles. Pero en tanto que el dar dependerá de pedir, siempre habrá orgullo en el que da y humillación en el que toma. Esto sin contar que comúnmente, como ya dijera Quevedo hay patricios que sólo un dar les agrada: que es el dar un no dar nada. ¿Cómo tolerar esto, sin tan difícil es ya soportarlo?

Ahora bien, quede bien establecido: comprender las causas que indu-



jeron al error o los móviles que condujeron al desafuero no implican estas justificaciones que tengamos que aprobar el uno y aceptar el otro. Muy al contrario, hay que exigir enmienda y rectificación, reparación y justicia.

Sin olvidar a quienes andan gritando esas libertades que no les conceden y ni siquiera apropiado uso hacen de las que tienen, de aquellas que nadie debe conferirles ni puede negarles.

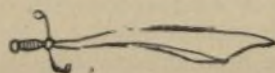
Otros que vociferan contra el

egoísmo de los demás y no aciertan a ver el suyo del cual son prisioneros; que quejumbrosos se pasan los días achacando su desdicha a la insolidaridad, sin darse cuenta de que si están tan solitarios con sus penas es porque jamás, mucho ni poco, les afectaron las ajenas. Pues solidarios podemos serlo aunque nos desborde la congoja y la miseria.

Como otros infelices infieles consigo mismo y que cifran en la fidelidad la honradez de las mujeres, de las suyas por decirlo más propiamente, a la vez que hacen gala de sus dotes y triunfos donjuanescos. Y que cubiertos de la aureola de los conquistadores, siempre en boca sus lances mujeriegos, no se dan cuenta que abren brecha para que salga su abundante cornamenta. Pues corriente es el caso de los esposados a la misma cadena, uno para constreñir a la obediencia, otro ingeniándose como soportarla con el menor daño posible y menosprecio. Total los dos prisioneros.

Como quienes despotrican contra las alturas y cada vez más van hundiéndose en el cieno de sus bajezas. Que hablan de cercenar cabezas por el hecho que otras sobresalen en varios palmos de las suyas, y sin embargo, solícitos, voluntariosos, no pierden ocasión para ceder sus lomos, que otros sinvergüenzas aprovechan para hacer el pedestal con tales basamentos.

Total, rogando, rogando, pero con el mazo dando.



Decíamos ayer | LOS DETERMINISMOS

«Hacia la anarquía marcha la Historia»

A una conciencia moral libertaria corresponderá una voluntad que seguirá los dictados de aquélla. Esto es lo normal: que el sujeto con voluntad libertaria lleve a la práctica lo considerado bueno para él y para el género humano. Lo mismo que nosotros opinan, en nuestros días, miles de escritores y hombres de ciencia sobre la existencia de la conciencia y de la voluntad. Al respecto, demos uno de los más voluminosos y recientes ejemplos. El 13 de febrero, del año en curso, a las 20 horas, el doctor Ralph Waldo Gerard, profesor de neurofisiología y director de los laboratorios del Instituto para la Investigación de la Salud Mental, de la Universidad de Michigan, Estados Unidos, ofreció una conferencia en el salón de actos del Instituto Mexicano-norteamericano de Relaciones Culturales, en la ciudad de México — Hamburgo, 115 — sobre el tema «Mente y Conducta».

El acto fue presidido por los doctores Manuel Sandoval Vallarta, eminente científico mejicano, de fama internacional, y Eduardo Máyne, poniendo de relieve la importancia que daban a la conferencia y al que la pronunciaba conocido en todo el mundo por sus investigaciones sobre el metabolismo, la actividad eléctrica y el desarrollo y organización del sistema nervioso humano. Asistieron fisiólogos, psicólogos, psiquiatras y médicos de diversas especialidades, pedagogos, escritores, etcétera. Entre los oyentes se hallaba la señora Amalia C. de Castillo Ledón, subsecretaria de Asuntos Culturales de la Secretaría de Educación Pública.

Ralph Waldo Gerard, científico liberal, de renombre mundial, ha sustentado cátedras en cinco universidades de gran prestigio y recorrido muchos países en misiones de enseñanza e investigación auspiciadas por dependencias gubernamentales y también por fundaciones particulares. Durante la conferencia, refiriéndose al desequilibrio en el mundo existente entre el progreso científico-tecnológico y el moral, que tan atrás del primero ha quedado, manifestó que «la ciencia moderna, abriéndose paso en los misterios de la naturaleza se enfrenta ahora a uno de los más severos retos. Nuestra esperanza es que en los hombres predomina la buena voluntad, que el altruismo se equipara, cuando menos, al egoísmo. La mayoría de las disputas proceden menos de un conflicto, o de intereses legítimos, que de la falta de confianza y el temor exagerados y de las medidas de contraataque resultantes.»

El conferenciante hizo las importantes afirmaciones siguientes: «El panorama total de la evolución patentiza el grado de supervivencia de la co-

operación y el altruismo y su aumento progresivo en el mundo; pero a menos que la cooperación entre los individuos supere al conflicto, ningún grupo o sociedad puede sobrevivir. El único enfoque razonable de la guerra consiste en suponer que más tarde o más temprano pueda ser eliminada de la condición humana.»

«Cualquier otra tesis — continúa diciendo Ralph Waldo Gerard — sólo nos conducirá a rendirnos fatalmente al aniquilamiento a medida que el hombre llegue a ejercer cada vez más un mayor control sobre la energía y los recursos materiales del mundo que habita. El ser humano difiere de los demás animales en la eficacia de su corteza cerebral, que es el instrumento de una conducta razonada; sólo puedo creer en la superioridad del hombre, comparable al dominio de la naturaleza, permitirá a los hombres vivir juntos en vez de morir juntos.»

Nos congratulamos de que un eminente e imparcial vocero de la ciencia nos dé la razón al esperar todo lo bueno para el hombre y su especie de los factores éticos, psicológicos, sociológicos, económicos y culturales que forman el contenido de las ideas libertarias que defendemos y dinamizan nuestra conducta en sentido individual y colectivo.

Anarquía es el orden natural basado en la sociabilidad integral, en la cooperación y el altruismo, que es igual a decir: prestarnos ayuda mutua los hombres y los pueblos, contribuir al bien de todos evitando perjudicar, conscientemente, a un ser humano siquiera, y menos a la mayoría de los habitantes del planeta Tierra. Lo contrario de lo que ocurre en el mundo actual formado por la autoridad de milenios de influencias y de violencias religiosas y políticas de todas las clases: lucha de uno contra todos y de todos contra uno en todas las actividades humanas que hace sufrir permanentemente a los seres humanos y sólo puede llevarnos a morir juntos.

Motivo de verdadera y sana alegría ha de ser para todos los mismos científicos, por evolución moral e intelectual, dejándose guiar por razones psicológicas, éticas, biológicas, sociales y humanas, de acuerdo con los intereses fundamentales de su especie, se atrevan a afirmar, con valor auténticamente humano, que «el panorama total de la evolución — afirma R. W. Gerard — patentiza el grado de supervivencia de la cooperación y el altruismo y su aumento progresivo en la humanidad» que es igual a afirmar: «Hacia la anarquía marcha la Historia».

Los verdaderos libertarios no tenemos, pues, porqué sentirnos pesimistas. Y el mundo de nuestros días ha de sentirse optimista al pensar que su sal-

vacación está al alcance de sus manos: en la admisión y pronta aplicación de nuestros ideales en las sociedades humanas. Los detentadores de la riqueza del poder, desde el Tío Sam a Kruschev, llaman desorden a la vida anárquica, que es decir libre, porque en realidad viene a desordenar primero y a destruir, seguidamente, sus organizaciones políticas-estatales, todas sus estructuras autoritarias que mantienen la injusta existencia de tiranos y esclavos, de explotadores y explotados y la inevitable secuela: las competencias inhumanas, los odios y las guerras entre los hombres y los pueblos.

No importa qué doctrina hayan sostenido hasta hoy nuestros semejantes es preciso que comprendan, en seguida, que nuestras ideas son las suyas también, y no dirijan más sus miradas hacia soluciones políticas — estatales — religiosas que están haciéndonos perder un tiempo precioso. Y menos a las marxistas, resumen de lo peor en política y religión.

¡Arriba los corazones y las mentes! ¡A grandes males, grandes remedios! No retrasemos más la gran solución científica - humana - social - libertaria que nos alejará de las miserias y de la muerte, la única que nos permitirá vivir juntos, libres y felices, practicando la cooperación y el altruismo, una bien entendida solidaridad y equidad entre los hombres de todos los países. «Cualquier otra tesis — afirma el precitado sabio neurofisiólogo — sólo nos conducirá a rendirnos fatalmente al aniquilamiento a medida que el hombre llegue a ejercer cada vez más un mayor control sobre la energía y los recursos materiales del mundo.»

La autoridad — ¿qué ser humano puede, en nuestros días, pretender que es superior a la anarquía, lo opuesto? — aplicada por el Tío Sam, por Kruschev y los demás gobernantes nos tiene situados sobre un volcán bélico que contiene los más terribles materiales letales, y puede hacer erupción en cualquier momento. Basta que nos teng asometidos al temor y al terror. ¿Qué esperamos para cumplir con nuestro deber biológico y social, y defender, decididamente, todos los derechos humanos. Ya lo dijo Confucio: «Saber lo que es justo y no hacerlo es la peor de las cobardías».

Ralph Walde Gerard preguntó también: «La psiquis del hombre que involucra mente y conciencia, voluntad y determinación ¿traspasa el alcance de la ciencia? o bien, ¿son las inimitables propiedades del hombre de donde proceden las magníficas conquistas de la humanidad, el resultado de procesos comprensibles que pueden explicarse por la disciplina científica?» Para estas y otras preguntas dijo Gerard que «las respuestas deben buscarse en la relación que guardan cerebro y conducta.»

Constatamos que es un relevante hombre de ciencia, de fama mundial, en los campos de la Neurología y de la Fisiología, el que confirma, en febrero de 1962, cuanto sobre la conciencia y la voluntad estamos exponiendo en los modestos trabajos que vamos publicando en CENIT.

FIN DE LOS DETERMINISMOS

El determinismo ha muerto. Ha dejado de existir en las sabias manos de Werner Heisenberg. Al-

gunas personas continúan queriendo darle vida llamando en su ayuda al espíritu de Bakunin que mal entienden. Y en éste pretenden apoyarse en vez de buscar el apoyo en sí mismas basándose en los nuevos conocimientos. No han advertido que el determinismo ya no puede defenderse como si el progreso científico y tecnológico se hubiera detenido desde hace casi un siglo: el tiempo que Bakunin falta de nuestro lado. Y para nosotros tan admirable es éste como Malatesta, por no citar otros teóricos ácratas. Aquél fue determinista — ¿nada más? — y el segundo voluntarista. Y éste, Malatesta, acabó afirmando que aunque la ciencia lo negara él no dejaría de creer que de la acción voluntaria del hombre, de su voluntad depende que se supere y se libere de todas las servidumbres. Resuelta, indómita, consciente y ejemplar rebeldía la suya.

Werner Heisenberg certificó científicamente la muerte del determinismo, y los libertarios somos los más llamados — creemos que los primeros en hablar en estos términos — a enterrarlo, definitivamente, con todos sus factores negativos, contrarrevolucionarios, aunque parecían otra cosa. Por lo tanto, tenemos que hablar claro. Conviene empezar recordando, una vez más, que Malatesta rechazó firmar el «Manifiesto de los dieciseis» compañeros durante la primera guerra mundial (1914-18) en favor de las democracias. Algunos relevantes deterministas libertarios, previa larga deliberación — acto libre —, adoptaron una posición voluntaria al firmar el precitado manifiesto. Pese a todas las buenas intenciones que los movieron a hacerlo su actitud era, evidentemente, equivocada, contraria a sus propias ideas y, por consiguiente, a los verdaderos intereses psicológicos y biológicos de nuestra especie. Así negaban lo fundamental de la tesis determinista. El tiempo ha confirmado, mil veces, que la conducta de los firmantes fue y es profundamente negativa. Opuestamente: la actitud voluntaria de los compañeros que coincidieron con Enrique Malatesta continúa siendo positivamente acertada, revolucionaria, contra todas las guerras y las causas que las producen: la brutal competencia de los Estados por obtener la hegemonía económica y militar en todo el mundo.

En esta hora que se ha empezado a negar la existencia del determinismo en la naturaleza es oportuno y necesario hacer constar que a Enrique Malatesta el tiempo le ha dado la razón bajo todos los puntos de vista: en el área científica-humana y en el terreno político-social. Y su verdad es bien verdad, porque no está desligada de ninguna otra verdad, condición de ser en el Cosmos.

Respecto a Bakunin consideramos que ha sido uno — por no decir el mayor — de los más altos exponentes universales de voluntarismo libertario: promovió, sin cesar, acciones revolucionarias manumisoras y saltó a las barricadas populares de todos los países en revolución, o simplemente amotinados, obedeciendo los dictados de su conciencia revolucionaria y su gigantesca voluntad de lucha por la libertad.

Si Bakunin viviera en nuestros días — ¡lástima que no existan dos docenas de Bakunin en el mun-

do! — aceptaría, sin duda, cómo no, con buena voluntad, la fórmula del sabio físico y matemático alemán, Werner Heisenberg, según la cual no nos cansaremos de repetirlo, «en la naturaleza no hay determinismo, ni causalidad, ni continuidad.» Lo mismo haría Pedro Kropotkin. Y éste con los demás firmantes del «Manifiesto de los Dieciseis» — tampoco se sentiría menos libertario por rectificar su errónea actitud al comprobar cómo han actuado las democracias desde 1914 a 1921 con el caso de España, y en todos los problemas políticos y sociales que se plantearon y se plantean en los pueblos de todos los continentes.

Consideramos que nosotros estamos más cerca del espíritu de Bakunin — o mejor dicho, de su pensamiento — que los que hacen uso y abuso de su nombre pretendiendo interpretarlo y defenderlo teniendo poco o nada en cuenta que a él le importaba, por encima de todas las tradiciones y cosas trasnochadas, la nueva verdad que, por sencilla que sea, es más valiosa que el más gigantesco y brillante de los nombres. Es así como concebimos a Bakunin agigantándose a nuestros ojos a través de los tiempos.

Desde Bakunin a Malatesta pasando por Kropotkin, Reclus, Mella, A. Lorenzo y todos los verdaderos libertarios, la iconoclastia es su peculiaridad ideológica basada en la verdad comprobable. La actitud determinista, por ejemplo, o más claramente: materialista de los ácratas que la adoptaron en el siglo XIX y principios del siglo XX estaba justificada para continuar enfrentándose, cien por cien, a las doctrinas religiosas y políticas. Y continúa justificándose fundamentalmente. Frente a las falsedades de las concepciones teológicas y estadistas, dogmáticas, igualmente religiosas — Dios o el Estado es lo mismo — inspirarse en las leyes naturales, en el materialismo para constituir una Ética humana superior válida para todos los miembros de nuestra especie, de acuerdo con el sentir y el pensar de Bakunin, era y es lo fundamental a sostener. Con más motivo en su época aunque entonces se desconociera cómo podía ser utilizado el átomo y se ignorara el principio de indeterminación de inseguridad en el movimiento de los materiales cósmicos y las leyes físicas que rigen en el universo.

El materialismo de Bakunin, que es lo esencial, queda en pie pese a que se haya descubierto la verdadera ley de la naturaleza que niega la existencia del determinismo. Y es que el materialismo expresa la verdad cosmobiológica, y tiene toda la

vida y libertad integral, sin límites, total, la propia, la que le es peculiar, que los deterministas pretendían, vanamente, reducir a pobres movimientos, a un mecanismo dado, siempre restrictivo, prefiriendo no tener en cuenta lo que saben, por ser verdad muy sencilla: lo rica que es la materia cósmica en la realización de transformaciones indeterminadas y por esto menos maravillosas. Consideramos que podrían aceptar, con nosotros, lo siguiente: que apartando lo superado y eliminado — el determinismo — el pensamiento bakuninista se fortalece con los descubrimientos hechos por la ciencia moderna. De vivir Bakunin cómo sabría aprovecharlos en bien de nuestras ideas y de la revolución social. Sin errores que defender, sin lastre determinista, caminaría más rápido y firmemente por el camino revolucionario. Crítico, demoledor y constructivo, con la palabra, la pluma y la acción, se agigantaría más y más.

«A la crítica — afirma Eusebio C. Carbó en su artículo publicado en el número 131 de CENIT — se lo debemos todo nosotros, incluso nuestra justificación revolucionaria. ¿Cómo poner en duda que su valor sea tanto o más prometedor cuanto más completo se niegue a reconocer límites?» Esto hacemos, ni más ni menos y, en particular, desde mediados del año de 1961 — el que escribe con decenas de trabajos publicados en la querida «Soli» de París y en CENIT: combatir todos los límites a la libertad, incluyendo los del determinismo-mecanicista. No por sistema sino fundándonos en los nuevos conocimientos de la Astronomía, de la Física, de las Matemáticas, de la Química, de la Psicología, etc., y por ser libertarios que no queremos estar encadenados ni sometidos a ningún sistema limitador, por atractivo que se nos presente, aunque se denomine determinista. Primero es la libertad.

A nuestro entender, en lo sucesivo, la dialéctica determinista servirá para defender a un fetiche más y a otros fetiches religiosos y políticos. Estos serán sus últimos defensores: religiones y marxistas, en particular los sometidos a la dictadura actual rusa. Y libres son de usarla aquellos a quienes les plazca; pero creemos que más justificado será hablar de si existe o no la voluntad humana mientras no se pruebe, científicamente, como parece estar probándose la inexistencia del determinismo en la naturaleza, de lo cual ya hablamos en los números 128, 129 y 130 de CENIT.

FLOREAL OCANA

«Monjas y frailes y pájaros pardales, no hay peores aves»

«Refranero español»

Voces de España

NI GRANDE NI LIBRE

En el tren de Port-Bou a Barcelona

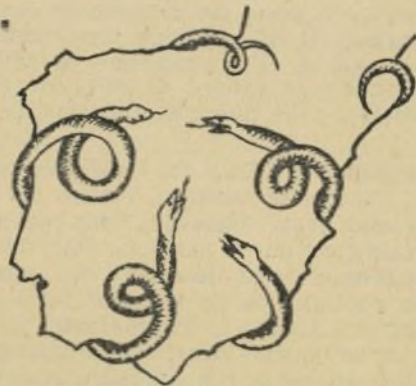
EN las pasadas fiestas de Navidad hice el trayecto Port-Bou Barcelona en un tren abarrotado de obreros españoles, en su mayoría, técnicos, que llegaban de Alemania para incorporarse por espacio de unos días al clan familiar. Cruzar la frontera de la patria les había exaltado. Pegados a las ventanillas se bebían con los ojos el paisaje de mi mundo natal, el Ampurdán, cantaban y lanzaban vitores extemporáneos, mientras varios pellejos de vino corrían de mano en mano. Entre ellos había torneros, albañiles, carpinteros e incluso un experto en cuestiones de fumigación.

Llegaban con pingües ahorros que oxigenaban felizmente el hogar y todos se hacían lenguas de los adelantos laborales de Alemania, de los pulcros sistemas de trabajo en las fábricas, de la previsión, así como de la resistencia y la calidad de los materiales. La opinión unánime era que allí no cabía la holganza, que era preciso arrimar el hombro; pero que ello tenía sus compensaciones económicas. Me interesé por el trato que se les daba desde el punto de vista espiritual y humano. La opinión fue también unánime. Trato cortés, pero frío, e imposibilidad absoluta de enmendarle la plana a la ley, de llegar a una componenda. «No hay manera de arreglárselas de tú a tú. Aquello está lleno de «Prohibidos», de «Verboten». Allí sólo está permitido trabajar, cobrar y beber cerveza.»

El rostro de esos españoles relataba el esfuerzo realizado. La emigración les satisfacía sólo a medias. En Francfort, en Munich, en Hamburgo, su situación personal, comparada con el pasado, significaba un paso adelante, pero echaban de menos nuestro clima y ese algo inefable que sólo la patria puede proporcionar. Admiraban a sus anfitriones, pero ironizaban sobre ellos. Varios vestían saharianas de cuero, de hombreras altas. Sus ojos se movían inquietos a lo largo del tren, eran unos ojos brillantes y astutos, ojos de obrero especializado. Traían regalos. Sus manos eran rudas, eran templadas, menos cómplices del acero y de la madera, que sin duda colocaban las piezas con precisión. Manos modernas que ejecutaban a diario pequeñas maravillas.

El experto en fumigación de árboles enfermos me confirmó el dato que yo conocía por los periódicos: el número de obreros españoles trabajando en Alemania se eleva ya a sesenta mil. Algún periódico nacional se había atrevido a escribir: «El milagro alemán ha sido realizado por españoles». Por lo visto la exportación de esos brazos capacitados llenaba de gozo a algunas personas.

El milagro alemán ha sido realizado por españoles.



En el tren, mi reacción fue la contraria. ¿No significaba esa emigración una dolorosísima sangría para la patria? Escuchaba con calma a los torneros, a los ajustadores, a los albañiles. No me hacía ni pizca de gracia que hubieran encontrado su oportunidad en otro país. De acuerdo con que las muchachas de servicio se maarcharan por esas tierras de Europa a mejorar su salario. De acuerdo con que unas docenas de pastores vascos trasladaran su busto ciclópeo y su cayado a los Estados Unidos o a Australia. ¿De acuerdo incluso con que España exportara virtuosos sacerdotes a Sudamérica! Pero, ¿qué decir de la deserción de tanto vigor juvenil y técnico? en el momento en que el trabajo se mecaniza por doquier, en que el país necesita crear nuevas fuentes de riqueza y de consiguiente echar el resto, ¿era lógico permitir la huida de sesenta mil obreros especializados? Me ganó cierta perplejidad. Un grupo de aragoneses bromeaba a lo largo de los pasillos del tren. Los verdes de nuestros campos les parecían escuálidos y por medio de expresivas interjecciones comparaban nuestros ríos con el ancho Rhin. Alguien gritó: «¡Llorar, Verboten!»

Me puse a meditar y sentí escalofrío. No, aquello no podía ser de ningún modo motivo gozoso para España y, por tanto, merecían plácemes las voces de los distintos organismos, entre ellos, los Sindicatos, que habían dado pública y reiteradamente la voz de alerta. Que los españoles realizaran el milagro alemán — afirmación, por otra parte, bufonesca y temeraria — no solucionaba ningún problema a este lado de los Pirineos. En todo caso sería de desear, sería encomiable, que los obreros capacitados realizaran el milagro español. ¿Había tanto que hacer desde Port-Bou a

Gibraltar, desde Galicia — tierra emigrante — hasta Huelva!

Los aragoneses afirmaban que, profesionalmente, estaban aprendiendo mucho, lo cual, a largo plazo, beneficiaría a la industria de nuestro país. El argumento me pareció destartado. Para que ello ocurriera era preciso que dichos obreros regresaran definitivamente a España. ¿Y cuándo se produciría este regreso? Del brazo de mis interlocutores veíanse algunas muchachas rubicundas, alemanas, que lo miraban todo con ilusión y desconcierto. Llevaban en el dedo el anillo de boda y venían por vez primera a conocer su nueva patria. Por si fuera poco, las necesidades de España eran urgentísimas. «El problema es actual». Y he ahí recientemente salidos de nuestras Universidades Laborales y de nuestras Escuelas de Capacitación.

Un fabricante catalán, que leía con paciencia admirable «El doctor Jivago», emitió su opinión. «Algo hay que hacer. Cataluña empieza a acusar las consecuencias de la sangría. Muchas industrias se resienten de la deserción, las vacantes se suplen con peonaje mal preparado, por lo que las mercancías se elaboran a ritmo lento y deficientemente». Y lo mismo ocurría, al parecer, en el país vasco y en otras zonas productivas del área nacional. «Lo que les estoy diciendo es grave, sobre todo pensando en la existencia y en las perspectivas del Mercado Común».

El fabricante estimaba — así lo manifestó — que el trasplante de especialistas no beneficia sino al país receptor y citó como ejemplo elocuente, normativo, lo ocurrido en Rusia y en los Estados Unidos. Ambas naciones, al término de la segunda guerra mundial, reclutaron con tacto científicos alemanes y eran precisamente dichos científicos los que habían construido los tantálicos ingenios que habían empezado a poblar el espacio. «Una vez más, los gobernantes de Rusia y de los Estados Unidos reaccionaron al unísono, de modo idéntico. Tienen tantas cosas en común que aca-

barán por repartirse el mundo como si partieran una bola de queso. Acabarán dividiéndolo en dos zonas de influencia de propiedad exclusiva».

No soy economista y, en contra de lo que se supone, las estadísticas y los números me marean con facilidad. Es posible, por tanto, que se me escape la enigmática razón que aconseja permitir esa emigración. Por otra parte, entiendo que el hombre ha de ser libre para trabajar donde le plazca y donde se sienta mejor compensado. Ahora bien, pensando en las palabras del fabricante catalán y en las necesidades urgentísimas de España, ¿no es paradójico lo que está ocurriendo? Sin embargo ¿cómo evitarlo? No se ve en el horizonte otra solución viable que la de crear y establecer en nuestro suelo oportunidades tales que las manos expertas no tengan ninguna necesidad de marcharse a Francfort o a Stuttgart. ¡Ardua cuestión! Sobre todo si se piensa, como se ha dicho, en el progresivo desarrollo del Mercado Común. El Mercado Común significa, si no estoy equivocado, lo contrario de la autarquía, el fuego cruzado de las economías. Los países son interdependientes, lo serán cada día más y una industria ahora rentable puede de la noche a la mañana convertirse en ruinosa, debido a que a tres mil kilómetros de distancia ha surgido una máquina diabólica.

Por mi parte, no puedo olvidar el tren procedente de Port-Bou que conducía a grupos de bulliciosos compatriotas contentos sólo a medias, vestidos con saharianas de altas hombreras. Cuando el descubrimiento del Nuevo Mundo, España exportó tantos brazos que se quedó exhausta. A una escala más reducida, la situación planteada me aturde. ¿Acaso no son los técnicos, en el momento actual, la principal fuente de riqueza? Un técnico es, todo a la vez, oro y mirra. Y reclama y necesita incienso. Si yo tuviera uno en casa no lo dejaría escapar. Pero en casa no hay más que especulaciones teóricas, rayos de poesía resbalando sobre las cosas.

JOSE MARIA GIRONELLA

LA ESENCIA DE LA LIBERTAD RADICA PRE-
CISAMENTE EN QUE SOLO UNO PUEDE LIBE-
RARSE A SI MISMO. VENGO, PUES, A RENUN-
CIAR A MI TITULO DE LIBERTADOR.

BOLIVAR.

EL TONO DE UNA REVISTA

NOS parece oportuno citar a continuación las frases que de diferentes autores hemos elegido, como características del número 225, correspondiente a enero de este año, de la gran revista ácrata que se publica en la ciudad de México, bajo el título de **EXTRAORDINARIO DE TIERRA Y LIBERTAD**. Como se comprenderá, resultaría imposible pretender dar el tono general exacto de la mencionada revista en un solo trabajo periodístico. Quien quiera compenetrarse debidamente de la profundidad y altura de esta publicación, no tendrá más remedio que hacerse de un ejemplar, cosa muy sencilla (1). Obvio es decir que recomendamos, al lector acucioso, tomarse esa molestia: adquirir un ejemplar y meditarlo; aseguramos que no perderá el tiempo ni el esfuerzo que ello le reporte.

Hay tareas propagandísticas y ejemplarizadoras que merecen destacarse y ésta es una de ellas. El «**Extraordinario de Tierra y Libertad**» va en camino de llegar a ser —junto con un reducido número de obras similares—, una de las mejores revistas del mundo ácrata y, ¿por qué no decirlo?, de colocarse a la cabeza de las mejores publicaciones científico-social-revolucionarias que se conocen. Quiere ello significar que nuestro movimiento —internacionalmente considerado—, está en estos momentos bien representado, por no decir bien del todo. Pero vamos al grano y que, tanto los editores, como los autores que citaremos y, asimismo, los lectores demasiado exigentes, nos dispensen si la buena intención que nos guía, dados nuestros escasos recursos humanos, no nos permiten dejar estampado a continuación el verdadero sentido ardiente y sereno al mismo tiempo que los extensos y bien documentados textos insertos en la publicación que nos ocupa, no quedasen debidamente destacados en nuestro modesto resumen. «**Errar es humano**» y no nos cabe duda alguna de los muchos errores que habremos cometido al realizar la selección de frases. Iremos por orden, desde el principio al fin de la revista. Helas aquí:

DE B. CANO RUIZ:

Empezamos por señalar que este compañero merece capítulo aparte —y con seguridad que un día tendremos que hacerlo—, por su intrínseca cualidad artístico-pictórica. En cada número de la revista, Cano Ruiz deja estampado un dibujo extraordinario, de calidad indesmentible, de un especial colorido y de una sensibilidad de primer orden. Si su pluma y su amplia manera de razonar, contienen destacados kilates, su pincel sobrepasa o por lo menos conforma las mayores exigencias; pero donde llega el estilo proporcionado y adecuado a los temas que con tanto acierto sabe elegir para

sus ilustraciones, sólo llegan los fuertemente dotados. En la portada que tenemos a la vista interpreta el terror demencial del ser humano frente a la amenaza atómica, pero lo hace con una tal maestría vivida y un contraste de colores tan subido de tono, que realmente enerva y despierta, insoslayablemente, en todo corazón bien puesto, un verdadero sentimiento de odio a la guerra, junto con un escalofrío de vergüenza humana que induce a maldecir a los autoritarios capaces de imaginar, como posible, el descendenamiento del átomo sobre el mundo. En el texto que acompaña la radiante pintura, él mismo expresa:

«Los Estados que gobiernan al mundo están tendiendo un puente hacia la locura. La historia de la Humanidad registra periodos en que la locura de las clases dirigentes la llevaron a estadios de locura colectiva que hicieron peligrar muy seriamente la propia existencia de esta rara humanidad a que pertenecemos, pero nunca esa locura tuvo caracteres tan fehacientes de aniquilación definitiva como la que se encuentra tras ese puente negro que el gubernamentalismo internacional está tendiendo con un ahinco de exarcebada morbosidad.»

Doblamos la portada y nos encontramos con diferentes textos diversos sobre los cuales nada diremos, ni citaremos, por ser de la redacción y de estilo netamente informativo, si bien muy objetiva y acertadamente tratados, bajo los tres siguientes titulares: El Mundo Estatal; La Ciencia; Los Libros y las Democracias. Pasamos a la página 10, donde encontramos unas **Reflexiones acerca de la revolución cubana**, escritas por JOSE VIADIU, y donde se lee:

«En nuestros medios no pueden ni deben existir problemas tabú. Ello significa siempre limitación e intransigencia, incompreensión o intolerancia. Todos los acontecimientos deben ser enjuiciados, debatidos, controvertidos. Precisamente por nuestra concepción libertaria la cosa debe ser así. Cuando se vulnera esta norma pensamos que es un oportunismo negativo.»

«...Es ingenuo o perverso pensar que donde manten baza los comunistas no vayan por el todo. Para ello basta el ejemplo de cuanto han venido propagando y haciendo en las llamadas repúblicas populares: Polonia, Checoslovaquia, Hungría, lo que pretendían hacer en España, lo que han hecho por doquier, con traición y alevosía, contra cuantos han tenido la candidez o la buena fe de confiar en sus promesas. ¿Y cómo no iban a hacer lo mismo con los cubanos?»

Del Doctor Juan LAZARTE:

«La solución de los grandes problemas ha de ser mundial; lo parcial no rueda en un mundo enriquecido por las técnicas y unificado por la fantástica velocidad de las comunicaciones, descubrimientos e intereses.»

(1) «**Tierra y Libertad**». Precio: 1,50 NF
Pedidos a nuestro Servicio de Librería

«El verdadero federalismo no es una estructura política y humana de poder, sino de libertades sociales e individuales aseguradas, por ello es que los federalismos nacionales e imperiales fracasaron...»

«En un mundo nuevo caben pactos, alianzas, uniones, agrupaciones e individuos libres; sólo así puede emprenderse la nueva construcción del nuevo Hombre Universal.»

DE WILLIAM ROSE:

«Para comprender la mentalidad del pueblo norteamericano en la actualidad es esencial entender que el ambiente aquí está saturado de un miedo pocas veces confesado, pero siempre presente. Esta es la cruda realidad detrás de la brabuconería del gobierno y otros destacados personajes de la vida pública de este país. ¿Será lo mismo en Rusia? No lo sé, pero si no tienen el mismo miedo será por ignorancia del horror implícito en la guerra atómica. Me imagino que, por lo menos en los grandes centros, sienten el mismo pánico que nosotros, a pesar del aire matón que adopta tan a menudo su jefe.»

«...Estoy en favor de toda protesta cómo y dónde sea. ¡Nada de lágrimas y lamentaciones estériles! Tenemos que mantener robusta nuestra fe en el triunfo eventual de la humanidad que surgirá del caos y tinieblas actuales como «la columna entre ruinas» del gran pensador Eugen Relgis, o, en las palabras de Antonio Machado:

«Como el diamante clara,
como el diamante pura.»

DE VICTOR GARCIA:

«Aristipo se negaba a ejercer el poder. ¿Mandar al ser humano? «¡Lejos de mí tal vanidad!» Fundador de la escuela cirenaica, abre paso a Teodoro que se proclama ciudadano del mundo y niega la existencia de la divinidad. De aquí que se le conozca por El ateo: «Sacrificarse por la patria, es renunciar a la sabiduría para salvar a los dementes.»

«La síntesis epicureana, según Han Ryner, puede resumirse así: «Evitar todos los obstáculos que se oponen a la pureza, a la continuidad y a la plenitud del placer, no temer a la muerte que aniquila todo sentimiento, ni la divinidad, que no se preocupa absolutamente de nosotros; despreciar el dolor, liviano cuando puede prolongarse, breve y destructivo cuando se manifiesta fuerte; no dejar escapar las voluptuosidades pasadas, sino, por el contrario, retenerlas y alimentarlas por un recuerdo asiduo; ahogar en este vasto océano la pequeñez ridícula del presente cuando el presente, aislado, pudiera significar sufrimiento: he aquí la sabiduría, he aquí el bien soberano, he aquí el arte sutil y delicado del epicureo.»

DE LESLIE FLINCK:

«...Aquella exaltación de la pobreza que predicaba Jesús ha desaparecido por completo y la propiedad privada y la fortuna se admiten y hasta se anhelan, aunque se las encubra con falsos ropajes de legitimidad y amor al prójimo desposeído.»

«Y en el siglo XIV, el papa Juan XXII condenó categóricamente los resquicios que aún quedaban de aquellos ideales de igualdad que florecieron en el cristianismo primitivo.»

«Así aparece Pedro Valdo en el siglo XII predicando la igualdad económica y la fraternidad social, fundando un movimiento bien nutrido de discípulos que quieren instaurar una sociedad sin curas, sin magistrados, sin amos, sin ricos: una sociedad anárquica con una economía socializada. «No hay otra riqueza que la que la propia Naturaleza nos ofrece y la que los hombres son capaces de crear con su trabajo. La primera pertenece a todos, pues nada de lo creado por la Naturaleza puede, en justo derecho, apropiárselo nadie en detrimento de los demás, y la segunda ha de ser producida por el bien común o es inmoral, pues nadie puede producir nada sin la ayuda, por mínima que sea, de los otros. El disfrute de las riquezas y su producción son funciones que han de hacerse en común y en la más completa igualdad.»

DE ADOLFO HERNANDEZ:

«O bien estamos en la antesala de logros que conducirán —con su inevitable sarampión sangriento— hacia la armonía social, o por efecto de una catástrofe nuclear, quedaremos reducidos a ser una subespecie animal, expuesta no sólo a las contingencias de una vida con ribetes primitivos, sino a quedar supeditados a la mejor adaptación de otras especies que podrían constituir otra fuente del terror humano en los siglos venideros. Algunos entomólogos nos dan prudente aviso al respecto.»

«Por otro lado el constante falseamiento de la palabra revolución mueve a asco y terror.»

«Los Concilios sirven para poner la disciplina eclesiástica «al día». Una notable elasticidad para las futuras relaciones entre los hermanos de la misma grey y las demás iglesias se contempla con asombro, pero da una idea del porqué el papa Juan XXIII surgió como sucesor del hierático Pío XII.»

DE CAMPIO CARPIO:

«...La Europa prisionera, después de Víctor Hugo no había sido sacudida de emoción hasta que aparecieron las estrofas de Guerra Junqueiro, con su aire altántico, que trajeron un nuevo lirismo y se elevaron hasta alcanzar las notas más altas del pentagrama por sus épicos acentos.»

«Suyas son sus flaquezas y arranques heroicos. Sus emociones mantuvieron viva la llama de la fe, la justicia, el porvenir y la libertad. En composiciones únicas ha combatido la tiranía en todas sus formas, poniéndole delante la razón, la responsabilidad, la libre iniciativa, la igualdad social como principios básicos imprescindibles y legítimos de todos los pueblos.»

«Igual que Tolstoy, él también cavó la tierra, fue sembrador, hizo vendimias y cosechas y absorbió el paisaje que cantó en himnos de resonancia evocativa sin precedentes en ninguna otra lengua.»

DE HEM DAY:

«Es indiscutible que entre los anarquistas y los verdaderos pacifistas integrales hay una similitud de ideas en cuanto a su comportamiento hacia los Estados y los gobiernos, con referencia a la paz.»

«Tanto unos como otros denuncian, con justa razón, la actitud guerrera de los Estados y los gobiernos. Estos, por su propia constitución, no pueden comportarse de otra manera, y ello los condena irremisiblemente.»

«Cada vez que se presenta ante el pacifismo integral ese monstruo que es el Estado se oyen las mismas críticas, formuladas por aquellos que sinceramente han profundizado en el problema, anatematizando esa *superestructura* social que sólo sirve para obstaculizar la verdadera realización de la paz entre los pueblos.»

DE JOSE MUNOZ COTA:

«Ricardo Flores Magón nace en contacto con la ruda elocuencia de las montañas y nace —además— un 16 de septiembre, que es la fecha en que México se transformó en campana libertaria, en el año llameante de 1810. Poéticamente: nació predestinado.»

«Todo revolucionario es David frente a Goliath. Pequeño como una piedrecilla de río en el seno de la honda, terrible como la parábola que traza la honda hasta la frente del gigante.»

«¿Dónde andaba la libertad? ¿En qué rincón de la lucha se quedó secuestrada? La libertad estaba en donde ha estado siempre, en donde continúa: en el corazón del hombre libre.»

«Pero también estaba, ¡paradoja angustiosa!, confinada en la penitenciaría de Leavenworth, tras las rejas de una celda, con el número 14.596.»

«Ricardo era, ya no Prometeo, sino el preso 14.596: ¡Aunque sigue siendo Prometeo!»

DE ABA GORDIN:

«El proletariado, el término tomado en el sentido en que los socialistas lo usan, nominalmente, las masas trabajadoras, no es análogo al de burguesía. El hecho de que la burguesía actuó de cierta forma antes de actuar con la suya, no indica que el proletariado deba hacer lo mismo.»

«La formación de la monarquía fue fundada en el principio de que la totalidad de las propiedades rurales no pertenecían a nadie más que al rey. Esto era una especie de forma primitiva teórica de nacionalización de la tierra, algo semejante a la nacionalización de la industria y el comercio, realizadas por los bolcheviques en Rusia.»

«Aclaremos de una vez por todas el patente pensamiento de que el proletariado (según la interpretación socialista del término significa clase trabajadora), ocupa una posición respecto de su burguesía que se asemeja a la que tuvo el campesinado respecto a la aristocracia terrateniente.»

DE HERBERT READ:

«La paz puede ser física, un estado de reposo y armonía, o puede ser también espiritual o siqui-

ca, y ésta puede expresarse mejor entonces como un estado de progreso silencioso.»

«...Es significativo que en la antigua literatura y en el inglés de los traductores de la Biblia siempre que se referían a la paz lo hacían en este sentido transitivo o activo. El pueblo **tuvo** su paz; o **hizo** su paz; la paz fue una condición positiva que tuvo que ser creada o mantenida. No fue un estado de inacción o pasividad, sino más bien un equilibrio precario sostenido por un esfuerzo consciente.»

«Si las pasiones del género humano continúan desenfrenadas, ninguna regla puede restringirlas. Por lo tanto es obligada la conclusión lógica de que son las mismas pasiones las que deben ser dominadas y la única manera de hacer esto es hacerlo por el amor o, empleando un término más práctico, por la educación.»

DE MAHATMA GANDHI:

«Para mí, el poder político no es un fin, sino un medio de capacitar al pueblo para mejorar su condición en todos los momentos de la vida. Poder político significa capacidad para regular la vida nacional por medio de sus representantes nacionales. Si la vida nacional llega a ser tan perfecta como para ser autogobernada, toda representación se hace innecesaria. Hay entonces un estado de clara anarquía. En tal estado, cada cual es gobernante de sí mismo. El mismo se rige de tal manera que nunca es un obstáculo para su vecino. En ese estado ideal, por consiguiente, no hay poder político, porque no hay Estado.»

DE GUILARTE:

«En el rudo combate que durante más del primer tercio de este siglo hubo de sostener el proletariado español por la conquista y defensa de sus derechos y libertades, nuestros militantes dieron cátedra de hombría y capacidad de sacrificio. Fueron cuarenta años de lucha intensa, jalonados con multitud de hechos de verdadero heroísmo que situaron al anarcosindicalismo ibero, por su combatividad y dinamismo revolucionario, a la cabeza del movimiento obrero internacional.»

«Pero al lado de estos hombres que hicieron historia para ejemplo y a la vez bochorno del mastodóntico y domesticado movimiento obrero actual, otros seres, las más de las veces silenciosos y hasta ignorados, merecen nuestra atención y nuestro reconocimiento: las compañeras de sus vidas, sus mujeres, nuestras propias madres. Quizá éstas no hubieran leído a Proudhon, desconocieran a Bakunin y no tuvieran la más remota idea de quién fue William Godwin, pero atesoraban un alto sentido de su deber como compañeras de auténticos revolucionarios, y para cumplirlo no regatearon esfuerzos.»

DE EUGEN RELGIS:

«Quebrado bajo el peso de tesoros ajenos, un viejo esclavo apenas se abre paso a través de la espesura. La angustia lo taladra

porque el sol, somnoliento e irónico, se hunde
más allá del ramaje,
y él está muy lejos
de su amo feroz...»

«No siento que las pérfidas
garras lo laceran,
y ya no aulla más por el dolor
del devorado corazón:
lo hechizaron los ojos encendidos
por el fuego inclemente de la vida,
del implacable lince
que lo había mirado fijamente
cual si fuera una esfinge milenaria.»

DE ISMAEL VIADIU:

«Charla va y charla viene...
como a las olas que a la orilla llegan.
Y el hombre, todo él,
lengua, y sólo lengua,
ya viperina,
ya meliflua,
ya atropellada o llana.»

DE C.P.D.:

«Los bueyes, bajo el testuz por el yugo
que sobre ellos se abate,
siguen su paso tranquilo, al parecer lento y suave,
mas todo su cuerpo es un músculo firme y tenso
y en su empuje, cual de ariete, hay una dura be-
lleza
que rima con los agrestes y gigantes peñascales.
Ya llegan los madereros... Ya atraviesan Piedra-
[laves...]

DE COSTA ISCAR:

«El verdadero científico es observador de fenó-
menos y sabe que la senda del conocimiento signi-
fica el descubrimiento de nuevos horizontes sin tener meta divina.»

«El intento de aliar la ciencia con la religión y la filosofía no proporciona sino vacuas disputas. Primero hay que armonizar las relaciones existenciales y después o conjuntamente, divagar cuanto se quiera en los espacios espirituales.»

«... Si el fanatismo es siempre repudiable, no es lógico afirmar que éste o aquél sean tantas o cuantas veces peor que otro cualquiera... Siempre se está aceptando de dos males el menor, en vez de combatir al mal en toda su extensión y en todos sus matices.»

DE MARCELO SALINAS (Cuento):

«Tres años después, amarrado a su fatigosa labor de vendedor ambulante, haciendo duras caminatas ora enterrándose en el fango pegajoso, ora friéndose al sol y ahogándose con el polvo, muchas de las ilusiones que abrigara Ignacio Ponce se habían disipado: nada de los descansos solitarios a la sombra de un árbol; nada de las lecturas tranquilas al

resguardo de un portal amigo; nada, tampoco, de la fructuosa propaganda entre los desposeídos campesinos: era siempre y siempre, la prisa por llegar de un sitio al otro sitio, salvando charcos, atravesando serventías, abriendo y cerrando tranqueras y debiendo aliviar al pobre arrenquín ya medio vencido. Y volver al pueblo de noche cerrada, a disputar negocio con el bodeguero, cambiando lo recogido por mercancías, con muy escasa ganancia. Y comprobar la apatía de los guajiros, metidos en la política minúscula, con el único anhelo de huirle al campo, para instalarse en la población, aun de la manera más ruin, en cualquier humilde plaza de barrendero o de policía. Si, aceptaban la posibilidad de adquirir la tierra; pero la mayoría pensaba en esa posibilidad por la de poder venderla y establecerse «entre la gente». «El campo para los pájaros», decían. Y sin amor ni entusiasmo, se limitaban a esquilmar las siete u ocho vaquitas, cuidando de que no bajara el precio de la leche, sin sembrar frutales, sin arreglar los bohíos, sin preocuparse de dotarlos con los servicios más elementales. Si alguna vez demostraban su descontento, era para culpar al gobierno por no hacer esto o lo otro, convencidos de que todo debía venirles de los que mandaban.»

DEL DR. R. MARTINEZ

«Modernamente se sabe de manera indubitable que la personalidad humana depende directamente del funcionamiento glandular, y esta personalidad cambia completamente si las glándulas son hiper o hipostimuladas.»

«Y las glándulas sexuales (testículos y ovarios) que son imprescindibles para las funciones de reproducción, tienen una influencia tal sobre las situaciones psicológicas que se ha reconocido ésta sin discusión por todas las civilizaciones que registra la Historia.»

«Beaudelaire hacía una poesía muy diferente en los primeros años de su vida poética, cuando apenas su hígado demostraba algunas irregularidades, de la poesía que producía cuando estaba en Bruselas ya enfermo de mucha gravedad y sus secreciones internas eran completamente anormales. La música sublime de Chopin no la disfrutaría la humanidad si las secreciones internas de aquel cuerpo enfermo hubieran sido tan normales como lo fueron en Franz Listz o tan exuberantes como en Riccardo Wagner. Ni Bakunin hubiera sido el fogoso revolucionario de haber tenido las secreciones glandulares de Eliseo Reclus.»

DE UN «CORRESPONSAL» EUROPEO:

«Estamos lejos ya de la Revolución Francesa, que hizo despertar al mundo, vejado y explotado. Los Derechos del Hombre se olvidan piadosamente demasado. El libre pensamiento ya no es lo que fue y debiera ser; en él se han infiltrado la dejadez y el consentimiento. En las organizaciones obreras entró la política por la puerta grande y con ella un liderismo hoy ya bastante difícil de extirpar, en

cierta parte por deserción de no pocos revolucionarios, que pretenden volver al verdadero sindicalismo perdiendo sus energías en organismos amorfos, o en otros donde el socialismo burgués o el bolchevismo dogmático se han enquistado fuertemente, ya que el trabajador, cansado de oír tantas sirenas, ha optado por el mal menor...»

«El racismo es innegable en numerosos países. La absorción estatal lenta pero segura, en todos, al paso que vamos. O despertamos a la lucha, o un día seremos irremediabilmente aplastados. Otro dilema no queda.»

DE GERARD DE LACAZE-DUTHIERS:

«La calumnia es una de las formas que toma la insignificancia par ahacerse la ilusión de que existe, aunque es ésta su apariencia más baja y peligrosa. Los hombres han calumniado siempre a sus semejantes por interés y aun, en ocasiones, por placer, especialmente cuando los calumniados se hallan en un nivel superior por su inteligencia privilegiada o por su genialidad artística.»

«El calumniador es aquél que acusa basándose en meras apariencias, sin pruebas concretas, tan sólo por deducciones arbitrarias y caprichosas, a veces por coincidencias insignificantes, que su mala fe o su odio aumentan en proporciones; y con tan risibles datos, grita y gesticula, afirmando que posee pruebas aplastantes de la infamia del adversario.»

«Diderot afirmaba que «la lengua del calumnia-

dor es más cruel y mortífera que el puñal de un asesino». Y todo ello es cierto, porque, por entereza moral que posea el atacado, la calumnia produce en su ánimo una herida de difícil curación.»

..

Y con esto damos fin. Las últimas páginas de esta magnífica revista son de redacción, entre las que merecen destacarse las que contienen el texto completo de una moción presentada por la Federación Anarquista de México, en el Congreso de Historia, recientemente celebrado en aquella ciudad y que por conducto de su delegado, Efrén Castrejón, se hizo presente en defensa de la memoria de Ricardo Flores Magón, la cual intentaron enlodar calumniadores reaccionarios que fueron debidamente desenmascarados en tan señalado comicio que tuvo por sede el Salón de Historia del Castillo de Chapultepec.

La contraportada nos muestra el maravilloso colorido y la luminosa acción de un dibujo titulado «Idealizar...», que lleva la firma de B. Cano Ruiz y que realmente idealiza, con finos rasgos estilistas, la legendaria figura del inmortal Caballero Don Quijote de la Mancha, en valiente postura de vencedor de follones y gigantes que si bien eran molinos de viento, no por eso él dejó de enbestirlos con la mayor decisión y entusiasmo germinal.

COSME PAULES



MODALIDADES Y ESENCIA AUTORITARIA

Las constituciones republicanas, de carácter federal o unitarias, nunca resumieron los periodos de su vigencia gubernamental reduciendo los atributos autoritarios de sus funciones. El respeto a las determinaciones del Poder se impuso como « costumbre sensata ». Con medidas de rigor, unos y otros, sancionaron los actos antigubernamentales que, premeditadamente o no, se efectuaron.

A los poderes autoritarios nunca dejó de interesar el movimiento rutinario que hace girar a los pueblos en torno a la ley y a los mandatos. En la sumisión al principio de autoridad están interesados igualmente los demócratas como los liberales y dictadores. Romper esa trabazón, aunque sea para modificarla en el mismo crisol, equivale a una tempestad, en la que se agigantan las fuerzas más fieles a la tradición autoritaria, clamando por su eterna existencia.

El nacimiento del socialismo, en tanto que pensamiento filosófico y de perspectiva constructora, atrajo hacia sí la mirada afectuosa de las gentes que deseaban más libertad y no sabían cómo conquistarla. Tales afectos ya se desvanecieron casi por completo. Alegar que era y es encarnación de una nueva expresión teológica es herejía que algunas veces se sustancia en tribunales. Véase, si no, lo que ocurre en los países llamados socialistas.

Hoy, después de largas, penosas y trágicas experiencias, al través de lo cual vemos el índice autoritario en su más alto nivel, inflexible e indiscutible, pronto a la extrema severidad y a la acción eliminadora del individuo, aún hay devotos que auguran su desaparición por resolución voluntaria. La interpretación no puede ser más errónea; es antitética a las expresiones elementales de la ciencia, propia de ingenuos o de dialécticos de Partido.

¿Corolario de la tesis socialista? Política de conquista autoritaria, ejercicio y cultivo de la autoridad, robustecimiento del Poder. La inferencia no puede tener otras características ni otro fin. La homogeneidad política lograda en los países socialistas se ha logrado como consecuencia de grandes desgarros humanos; la exaltación autoritaria no ha concedido derecho a objeciones; el dilema ha sido, y sigue siendo, «obedecer o perecer».

Mas los que en estos menesteres de Poder omnímodo actuaron no todos escaparon a las consecuencias del rigor. Si las leyes tuvieran la virtud de actuar directamente sobre sus infractores, las primeras y más duras sanciones recaerían contra quienes las promulgaron; si el poder autoritario pudiera actuar sin intervención personal, aquellos que más lo consideran necesario serían los más afectados y los que más sufrirían. Es que la autoridad la creen buena y efectiva quienes la ejercen,

porque tal ejercicio es una manera de eludir sus molestias y sus agresiones. Al igual que la ley responde estrictamente al espíritu de los que legislan, el sistema, o grado, de autoridad, no es otra cosa que el sentimiento de dominio de quien o de quienes lo aplican.

En torno a este problema se lleva casi un siglo de intensas controversias. La esfera de pensamiento liberal ha ido alternando en ejercicios gubernamentales fluctuantes; de ella no queda un núcleo específico que en los avatares políticos no se haya visto comprometido. ¿Resumen de sus aplicaciones? Ninguno ha satisfecho las inquietudes y necesidades populares. Todos se asfixian o invalidan en los excesos autoritarios, finalidad ineludible a donde conduce la aceptación de un principio más fuerte que la más firme voluntad personal.

Los fisiócratas sólo fueron apologistas de un credo que murió en pañales. No tuvieron ocasión de hacer sentir en lo más mínimo su influencia gubernamental. De haber logrado algo en este sentido, en tanto que obedientes al principio de autoridad hubieran corrido la misma suerte que los demás gubernamentales. Alguien dijo que el mejor gobierno será el que menos sepa gobernar; se deduce de este aforismo, que podrá ser el mejor por reducir el poder autoritario a la mínima expresión. Si así es, se concede toda la razón al pensamiento ácrata. De este modo, la fisiocracia, que pretenden sea el mejor gobierno para todos los humanos, no tiene por qué entrar en las lides mandatarias. Si por descenso de autoridad, o de poder gubernamental, se cree entrar en vías de normalidad social, la desaparición de todo gobierno autoritario será la más eficaz de las conquistas humanas.

Desde los liberales a los fisiócratas colocan sus postulados en falsa posición. La autoridad gubernamental es un principio siempre dispuesto a cubrir las necesidades de su vida; los abusos de Poder, o excesos autoritarios, son reservas del mismo principio, puestas en circulación cuando los gobiernos presagian o constatan algún peligro a su existencia. De ahí que Ward, en su «Factores Psíquicos de la Civilización» nos diga: «Esta fisiocracia, como hábito de pensamiento más bien que como forma de gobierno, corre ahora con el nombre de individualismo, y se ha llevado a tales extremos por algunos, que viene a confundirse con el anarquismo práctico.»

El acervo que la sociología de mérito dialéctico nos ofrece es monumental; para estudios veraces, sanos e inconfundibles, de su volumen puede utilizarse muy poco. La autoridad estatal, el dominio de los pueblos, la explotación de sus disposiciones físicas e intelectuales, ¿qué Poder gubernamental no los ha practicado? No conocemos una sola excepción. Entonces, pues, la autoridad, esa fuerza

coercitiva e impositiva, en todo tiempo y latitud política tiraniza al hombre, radicalmente debe rechazarse o aceptarse.

Por la nitidez del pensamiento es como puede apreciarse la proyección ideológica. «Empero la sociedad, — habla Garofalo — si quiere existir, debe ignorar esta fórmula: «Conocerlo todo y perdonarlo todo». Lo que puede ser virtud en el individuo, es ciertamente vicio en el Estado. No obstante el espíritu de bondad que la informa, la doctrina de Tolstoi sería un sistema político disolvente. El Estado debe reprimir todo lo que, en su opinión, sea pernicioso. El Estado que no sabe rechazar la violencia por la fuerza, corre a su ruina». Obligado es admitir que nos hallamos ante una definición elocuente. «En su «Justicia y Civilización», Garofalo abunda en estos términos.

La acción gubernamental es dinámica permanentemente; su trayectoria no conoce la estática. O actúa o perece. Tiene situaciones de crisis pero siempre trata de superarlas; cuando una promoción de hombres se gasta en las aplicaciones estatales, la misma atracción del Poder pone en movimiento a

otros con la responsabilidad de gobernar. Para tales efectos la égida política cuenta poco; la esencia autoritaria es lo que importa. ¿Cuales son los recursos de esa permanencia, de esa continuidad de Poderes? La formación del hombre; en él tenemos la fuente del bien y del mal, del mando y de la obediencia.

De las dolencias sociales no culpemos a las divinidades o a determinadas formas gubernamentales; la libertad y la esclavitud, la dicha y la desgracia tienen un solo origen: La personalidad humana. La diversidad de creencias en las divinidades arranca de un denominador común: la fe; la variación de formas gubernamentales obedece a un solo fenómeno: El principio de autoridad. ¿Creéis que vale la pena disputarnos por cualquiera de ellas? Abandonarlas todas es la mejor composición de lugar que puede hacerse; importa mucho hacer comprender que en la vida, el hombre, sólo el hombre, debe ser medio y fin de sí mismo. Sobran dioses y mandatarios.

SEVERINO CAMPOS

DEL OSARIO

QUIEN lea el «Florilegio Español» de don Narciso Campillo, poeta, catedrático del Instituto de San Isidro y autor de una muy fácil Preceptiva Literaria, verá lo que dice que era España en tiempos del rey galán: «un país de mendigos y de ladrones». Ciertamente, de toda certidumbre. No hay más que remitirse a las obras satíricas de Quevedo, ingenio de aquella España. Contra el hambre quedaba el recurso de ceñir espada o de cantar misa. El que no era militar ni sacerdote hambreada. Sin la miseria extrema, entonces lo característico de la vida española, tal vez no existirían el Lazarillo, el Guzmán de Alarcón, el Buscón. Lo mejor del siglo de oro, principalmente de tipo paisano, denota adefagia (hambre canina). Aumenta la delincuencia, pese a los castigos de la Inquisición. Arias Montano pide en carta al rey que conserve en su puesto a Puñonrostro contra los cacos y matasietes, por razones de profilaxis: pero no pide pan para los que, a causa del hambre, tienen que echarse a la vida airada. Conocemos el mapa picaresco de España por lo que dice el ventero machucho del «Quijote», y Zahara, tan almadrada como presidio suelto, por

la pintura al fresco del mismo Cervantes.

Como España ha vuelto a la época de los Felipes, se entiende a lo malo de aquella época, ladrones... y ladronas hay más que antes. El saqueo rige la vida nacional de arriba abajo: no se persigue a los estraperlistas en gordo o mayoristas, pero sí a los murcios en flaco o ladrones... al detall. El robo impune fue siempre privilegio de personas de categoría en que hasta para robar hay clases. Yo he dicho que nadie se mudaría de casa si las paredes hablaran, y ahora digo que si el dinero tuviese voz y voto no habría más que personas intachables. El robo o da honras o quita la honra: o se es excelentísimo señor o nada. «Pensó el huésped que el haberlo llamado castellano había sido por haberle parecido de los llanos de Castilla, aunque él era andaluz y de los de la playa de Sanlúcar, no menos ladrón que Caco...» Antojándosele a Don Quijote castillo la venta, alcaide le pareció el ventero y no «sano de Castilla», que en germanía significa ladrón.

Un señor que acaba de llegar de Barcelona viene asustado de la cantidad, de la enorme canti-

dad de ladrones y ladronas que a sus anchas operan. A él mismo le han sustraído la cartera sin darse cuenta de ello, limpiamente. Este señor iba todos los días a Correos, al negociado de carteras robadas, a preguntar por la suya. «¿Pero hay negociado de carteras robadas?» «Sí, señor, y casi todas parecen, porque a los ladrones, después de guardarse el dinero, ¿lo demás para qué les sirve?» He aquí una hazaña digna del segoviano Pablos: Le quitaban a un médico el reloj de plata creyendo quitarle el de oro y el caco dirigiéndose en un vuelo al domicilio del galeno le dice a «u mujer: «De parte de su esposo que haga usted el favor de darme el reloj de oro, que tiene que asistir a una consulta, y aquí tiene usted el de plata». Y nada más, sino que el médico regresa a su casa y participa a su señora que le han sustraído el reloj de plata. «No, el de oro, porque el de plata está andando y lo tengo yo».

«En tiempos de Felipe IV España era un país de mendigos y ladrones». Ahora, con el hombre torvo ése, es un osario, en que los huesos mondos de España no los quieren ni los perros.

PUYOL

Croquis al carbón

El inadaptado

SU boca retorcida por un rictus amargo de decepción forzada. Sus ojos hundidos y sin brillo, empuñados a fuerza de querer ocultarse. ¡Qué pocas veces brillaban sus ojos! Su cuerpo achicado por el peso de los días sin sol ni esperanza. Su vestir descuidado y su andar cansino. Todo hacía de él un ser anodino. De esos que si se codean al pasar nos trasplantan una sensación de disconformidad para con la vida y para con nosotros mismos. Eso era Redondés en sus «casi» últimos tiempos.

Su única alegría se daba chupando con fruición el mate, en tertulia de amigos viejos, recordando otros tiempos y otros lares. Frase a frase, llegaba en ocasión a la confidencia. Y en notas desgranadas, con voz un tanto arrastrada por la falta de sus dientes, relataba toda la angustia de su vida de inadaptado; todas las pequeñas y grandes alegrías de su vida de luchador. Era un vencido en el que alentaba, de tanto en tanto, la chispa fulgurante de la esperanza. Brillaban entonces sus ojos. Recobraba su cuerpo la tensión normal y Redondés era otro hombre, tan distinto del primero que no le hubiérais conocido al tropezarle...

«No le gusta trabajar a Redondés» — se decía muy a menudo. No obstante, no faltaba éste, cada tarde, al café de la Riera Alta, donde se «cantaba» la Bolsa del Trabajo de Lavadores de Autos, en busca de un jornal. Era cierto. No le «gustaba» trabajar al modo de los otros. Un lugar fijo, un jornal seguro, un hogar caliente, un vivir tranquilo. Prefería el vagabundeo del mañana incierto, de techo inseguro, de yantar difícil... «El Fogar», fondin de la calle Robador en el que se alquilaba plato y cubierto, cazuela y fogón, a los andariegos o a los bohemios o a otros que no eran lo uno ni lo otro, era testigo de su frugalidad, como era testigo de ejemplos solidarios entre la «peña» de los deportados «argentinos» y «uruguayos» que cada día llenaban sus mesas con más bullicio que manjares.

No quería trabajar, no, «para los burgueses». Pero nadie ignoraba su dedicación y su esfuerzo cuando de «trabajar» se trataba en lo que consideraba propio. Nadie ignoraba cómo sabía pegarse a la máquina, allá en la lejana Buenos Aires, cuando se trataba de tirar «La Antorcha» o «Nuestra Palabra». En la misma Barcelona, en ocasiones duras en que hacía falta un hombre para imprimir material vedado. Allí estaba horas y horas sin importarle — ¿cuándo esto le había importado? — el comer o el descansar. Como una pieza más a la máquina — el alma de la máquina — movable, vigilante, grasiento, sudoroso... Trabajando con una delectación incomparable.

Las jornadas de Julio revivieron en él al hombre. Se le vio activo, ufano, batallador... ¡Cómo

trabajaba entonces!... Sus ojos adquirieron nuevo brillo, más nerviosismo su andar, su voz era más clara, más vibrante... Había llegado el gran día...

Un poco tarde ya. Sus pulmones estaban destrozados. La irregularidad de su vida había atacado sus bronquios, sus tejidos, su sangre...

Redondés murió en el hospital, su cara iluminada por una sonrisa, su boca, ya normal, que quería decir algo...

..

De talla pequeña, barba roja e hirsuta y pelo descuidado bajo un más descuidado chambergó, gestos vivaces y penetrantes ojillos movedizos, metido más que vestido en un raído abrigo que ocultaba la falta de chaqueta y ciertas imprudentes roturas de su molido pantalón, tal era nuestro hombre. Así le conocimos en una plaza de la joven Buenos Aires.

Había recorrido todas las latitudes con su cuerpo menudillo, siempre inquieto e inquietante, recibiendo los trallazos de la suerte y de los bárbaros. En Grecia, su país de origen, fue de muy pequeño colgado al techo por los pulgares de los pies; en Bolivia, donde se aventuró en pregón renditorista, rompiéronle la mandíbula y el paladar a culatazos los indios coyas metidos a milicos; en Buenos Aires, en Montevideo, aquí y acullá moliéronle los huesos incontables veces por sus hazañas, que dieron que hablar mucho.

Mitinerero de profesión, podía decirse, pues ¿qué otra cosa hacía Furnarakis? No os inquietéis. Hacía «changas» de «lavador», el gran refugio de los inadaptados y de los andariegos. Una «changa» a la semana. No más de una. No era exigente su estómago ni el total de su persona. Pero el cartel de la «Pirsa Forns» («Porta-Antorcha», en griego, él mismo nos hizo amable traducción) recorría plaza tras plaza y calle tras calle en las campañas por Simón Radowizky, por Sacco y Vanzetti y otras más.

Pero en verdad Furnarakis enarbolaba una filosofía propia — quírase o no — positivista a su manera. No quería, tampoco, producir para el «burgués». «Vengo a por el jornal — decía, al entrar en el garaje — y no por el trabajo. Cinco pesos, vale decir, el pan de la semana, y todo se ha acabado». Para dormir un catre, un rincón en un garaje, un puente ¡qué importa dónde! Las más de las veces en el «quinto»... (Célebre cuadro del Departamento Central de Policía).

Expulsado por Uriburu le vimos más tarde en el Cerro que dió nombre a la ciudad de Montevideo. Era el mismo, inadaptado siempre, con su infaltable abrigo largo, tanto más largo cuando los días eran negros, y un libro, siempre el mis-

mo, bajo el brazo: « El Unico y su Propiedad », de Max Stirner.

Furnarakis llegó a España. Trabajó en La Coruña — alternando don causas buscadas — una porción de meses y en trabajo rudo, preparando las varillas de hierro para el cemento armado. ¿Es que se iba adaptando ya? ¡Quiá! Quien de entonces conoce a Furnarakis sabe todo lo contrario...

Murió el griego sin patria ni frontera junto a otros valientes, como él sin patria. Atrincherados en una casa de La Coruña agotaron sus municiones en pelea brava. Cuando consumado el «hecho» se acercaron los esbirros de Falange, sólo encontraron cadáveres. Los ojos de Furnarakis, aún abiertos, miraban hacia el sol, que tanto amaba en su loco deambular de inadapado.

..

Descendía de familia pudiente, como Malatesta, como Berneri, como Fabbri. Cursó estudios y conoció la vida en sus contrastes. Sobre todo en sus contrastes. Y abandonó estudios y familia y marchó a América. Se ahogaba en el régimen fascista.

Hízose allí a los trabajos más rudos, y fue así por vocación, por volición propia, **por sentido responsable de la vida**. Ingresó en la FORA en calidad de obrero ladrillero. Y conoció así luchas cruentas y el amargo, qué digo, escaso pero dulce pan que entretiene la miseria digna, en los días de huelga o de parado. Dulce sobre todo para él, que había vuelto la espalda a una vida holgada y sin quebrantos, trocándola por la agitada vida de un luchador abnegado.

Seleccionado por la Patronal, tras una huelga en la que sonaron trancazos y más de un tiro, quedó sin trabajo, sin pan ni techo. Los obreros del gremio quisieron « compensar » su mala « estampa » con suscripción solidaria. El negóse a aceptarlo. « No es digno lo que hacéis — les dijo —. Necesito trabajo y no compasión ». Comprendieron todos la lección moral y por su reintegro al trabajo iniciaron nueva huelga...

La dictadura de Uriburu dió de nuevo con sus huesos en la aherrojada Italia. «La vida aquí me es imposible. Sometido a domicilio «coatto» no puedo dar un paso, hacer nada útil ni vivir lo que de digno tiene la vida. Si no hallo solución buscaré la libertad en el suicidio», escribió a Barcelona.

Amigos ocupáronse de él y a España llegó en

**LA VIDA DEL HOMBRE ES UN SI ANTE LAS
CIRCUNSTANCIAS QUE LE RODEAN.**

Ramón XIRAU

alegre día, burlados esbirros y fronteras. ¡Qué sonrisa inefable la de su cara que tan pocas veces sonreía!...

Llegó y pidió trabajo. «Soy ladrillero — dijo —, pero no importa en qué, yo puedo trabajar.»

Los compañeros pensaron otra cosa. Falaschi — este es nuestro hombre — poseía una vasta cultura, una pluma escogida, una inteligencia magnífica, una probidad ejemplar. Pensaron, y así se lo dijeron, situarle en « Soli ». Resistióse, pero no hubo otra fórmula. Cedió a la amistad y fue de mala gana, pero de muy mala gana. Con el deseo de estar muy poco tiempo.

¡Qué profundidad de ideas! ¡Qué galanura de pluma! desbordóse entonces en nuestro viejo paladín. ¿Quién no recuerda, entre otras cosas aquellos sabrosos trozos de una nueva interpretación del vocabulario — Diccionario irreverente — que dió muestras de su agudo ingenio?

Pero al revés de Redondés y Furnarakis tenía otro criterio de la misión del hombre. Trabajar, producir, no importa en qué lugar ni de qué oficio, trabajando bien y a conciencia. «El trabajo responsable», era su divisa. Y un buen día, sin cobrar su «semanada», nuestro Falaschi se fugó de « Soli » en busca de trabajo. No se adaptaba — explicó más tarde — a una vida improductiva.

Vana fue toda gestión para encontrarle. ¿Dónde puede haber marchado? ¿Qué puede haberle ocurrido? Un día se señaló su paso por Zaragoza. Pero al personarse a los compañeros se quiso saber quién era y la noticia llegó a Barcelona. Al requerir su vuelta desapareció de nuevo. Apareció más tarde, en la «Modelo» de Madrid. Hasta allí había llegado «linyereando» al estilo criollo. Y allí conoció un nuevo contraste de su vida ya llena de contrastes. Detenido estaba por vagabundo, e incurso en la famosa ley impuesta por los socialistas para su deshonra eterna: « La ley de Vagos y Maleantes ». El, el hombre que huía porque quería, sobre todo, trabajar.

Sorpresa tuvo el juez cuando el abogado acudió en gestión de libertad presentando, como único y vibrante testimonio, aquel librito de Falaschi, breviario de una moral tan limpia, emblema de su emblema: « El trabajo responsable ». Así salió a la calle, pero a trabajar... Inadaptado siempre a las costumbres de los otros. Extraño para todos en su pensar extraño.

Murió en Aragón aferrado a una ametralladora, en una posición defendida por un puñado de italianos que como él allí murieron. Como él inadapados a una vida ingrata, como él, llevando como norma de sus allí truncadas vidas, un concepto sublime de responsabilidad consciente, firmes y consecuentes hasta el último momento, hasta frente a la irresponsable « consecuencia » de las balas.

ILDEFONSO

Los ecos de la tragedia de Chicago

A través del largo medio siglo transcurrido: persistentes y grandiosos, con acento de epopeya y sobriedad de epitafio, llegan hasta nosotros los ecos de la tragedia de Chicago.

Hace 76 años, el mundo se conmovió viendo proyectarse hacia la historia las cinco horas con que el capitalismo americano pretendía contener las ansias manumiseras del proletariado yankee.

Y desde aquel primero de Mayo de 1886 en el que tomando pretexto de la bomba arrojada contra la Policía que pretendía disolver la manifestación organizada por los obreros de Chicago exigiendo la jornada de ocho horas, fueron encarcelados y condenados a muerte, Spies, Parsons, Lingg, Fischer y Fielden, la repercusión moral del crimen cometido y las consecuencias internacionales de la tragedia, determinaron la movilización de la clase obrera mundial, continuando en todo el orbe la obra revolucionaria iniciada en América.

Nada hay tan fecundo como la sangre de los mártires. Jamás represión alguna detuvo el desarrollo de los movimientos populares. Por el contrario, el propio avance social y político ha sido acelerado por los procedimientos brutales utilizados por las clases dominantes. Las ideas, ahogadas en sangre en unos cerebros, germinaban y se desarrollaban con más fuerza en la conciencia humana, al contagio y a la divulgación del sacrificio.

Y pocos ejemplos más fehacientes de esta verdad universal, que el que nos muestra la tragedia de Chicago y su eco a través de la historia. Vivos, los cinco muertos hubieran hecho una labor de hombres convencidos de una idea, propagándola, organizando las masas americanas, defendiendo sus reivindicaciones, luchando por ellas. Muertos, su sacrificio los incorpora al proletariado internacional, y, como el Cid, ganan la más gigantescas batalla de los tiempos.

**

Durante 35 años, en ninguna casa obrera española, francesa, italiana, inglesa, alemana, belga, suiza, sueca; en ningún hogar proletario de ambas Américas, faltó el cuadro que tantas veces mis ojos vieron; las fotografías de los cinco mártires en círculo, y, en medio, el grito estentóreo de Parsons, al pie de la horca: ¡Viva la Anarquía! y las palabras profundas de Spies, dirigidas al porvenir: «¡Salud, oh tiempos en que nuestro silencio será más elocuente que las voces que ahora queréis ahogar con la muerte!»

Y cada 1 de Mayo las masas obreras mundiales se lanzaban a la calle, declaraban huelgas generales revolucionarias, exigían a la burguesía y a los poderes públicos aquellas mejoras de condicio-

nes en el trabajo, de respeto a la personalidad humana, de reconocimiento del derecho de las organizaciones obreras, que fueron obligando internacionalmente, a la burguesía y al Estado, que es el mastín guardador de sus privilegios, a hacer concesiones y a conceder una parte, temiendo perderlo todo.

Esta es la simple, la universal verdad, por muchos olvidada: ninguna de las mejoras obtenidas por la clase obrera mundial se consiguió por la colaboración de clases, admitida y practicada por los social-demócratas internacionales. Todas son la consecuencia de una serie de años de luchas cruentas, de esfuerzos sangrientos de los trabajadores, que tenían su máxima expresión en las jornadas revolucionarias de cada 1 de Mayo en toda Europa y en toda América.

Y esa reivindicación de la jornada de ocho horas, por la que dieron la vida los cinco mártires de Chicago, se obtuvo después de una serie de los Primeros de Mayo de lucha, durante los cuales la sangre obrera se derramó a raudales. Y, fuerza mágica de los hechos, fecundidad de ese sacrificio, que resta y restará único en la historia del Movimiento obrero mundial: las propias organizaciones reformistas internacionales, los mismos socialistas en todos los países de Europa y América, declaraban el paro general en las jornadas memorables del 1 de Mayo. Y por millones iban los hombres a la cárcel; la fuerza pública cargaba sobre las manifestaciones obreras, al frente de las cuales la imagen de los cinco mártires era la bandera de combate, el ejemplo constante, el ferviente estímulo.

**

Eran cinco hombres magníficos: Spies, una voluntad y un pensamiento; Parsons, uno de los más grandes oradores que han tenido el anarquismo y el movimiento obrero: los que consiguieron oírle, decían que sólo ha podido comparársele Jaurès; Lingg, el hombre de acción, el organizador, el espíritu ardiente y cáustico (su réplica en el tiempo fue nuestro Ascaso); Fischer y Fielden, dos fuertes mentalidades, robustas y prácticas. Los cinco eran las figuras de élite de un proletariado joven, conglomerado humano compuesto por hombres afluídos a América desde los cuatro puntos cardinales.

La burguesía americana sabía lo que hacía al eliminarlos. Nadie pudo creer, ni por un minuto, en su culpabilidad.

¿Cómo podían haber arrojado la bomba por la cual se los detuvo y se los condenó a muerte, si estaban en la tribuna arengando a la multitud, cuando se produjo el hecho? Pero se quería ahogar en sangre el despertar del pueblo americano.

Y ellos eran las cinco cabezas visibles, las cinco presas codiciadas.

El proceso se montó. Fue un amaño monstruoso. Mas los cinco hombres fueron llevados a la horca.

Y el mundo se estremeció de horror, bramó de indignación ante el crimen alevoso y cobarde. La protesta alcanzó todas las capas de la sociedad, impuso un momento de pánico al capitalismo americano, impresionó al capitalismo mundial.

Y el eco de las palabras de Spies; el eco del grito de Parsons, como profundo: « ¡Germinal! » de Angiolillo ante la muerte, fue la ejecución del presidente Mac-Kinley, ajusticiado por León Czolgosca, joven polaco de 18 años, figura angélica de místico, de belleza sobrehumana, en cuyos ojos azules y serenos revivía la expresión dulce y concentrada del Juan Bautista de Rafael de Urbino.

Nada se pierde; ni una gota de sangre, ni un esfuerzo. Y la conciencia humana asimila e incorpora la lección de los grandes hechos cruentos, de los trágicos e inmensos sacrificios. Y las ideas se consolidan, adquieren majestad y prestancia, cuando, escapando de los libros, dejando de ser elucubraciones filosóficas, se hacen carne sangrante y viva.

¡1 de Mayo de 1886! ¡1 de Mayo de 1962! Setenta y seis años nos separan. Nada, en el curso de los siglos. Días de lucha, jornada heroica de acción y de combate.

Para nosotros, revolucionarios; para nosotros, combatientes de la guerra social, en España y fuera de España ha de ser, ha de continuar siendo, día ferviente de agitación y de protesta; de lucha activa y decidida contra Franco, contra Falange, contra el fascismo internacional, enemigo histórico de la libertad humana, encarnación moderna de la tiranía, de los privilegios y de los privilegiados que organizaron el crimen monstruoso de Chicago.

Que las sombras augustas de los cinco mártires nos acompañen en nuestra lucha; que ellas nos señalen, con la muda sobriedad de su ejemplo, el recto y fecundo camino. Los hombres pasan; las ideas restan. Las sociedades se transforman. El ascenso hacia la libertad, hacia el pleno y armonioso desenvolvimiento de la personalidad humana, nada ni nadie puede detenerlo. Y los crímenes de los tiranos, no hacen más que acelerar el ritmo de la historia.

FEDERICA MONTSENY



ADMINISTRATIVAS

En el próximo número publicaremos la lista de donativos que los lectores hacen a la revista.

Lector que no has contribuido, si puedes, contribuye tú también, CENIT atraviesa momentos difíciles.

Por otra parte, aún quedan algunos suscriptores que no han pagado el año... y el tiempo pasa.

HISTORIANDO

Santo Domingo Guzmán

QUE nadie se arrodirle, que ni en broma vamos a distinguirles con una concesión a los curas, sino a echarles un petardo más,

Esta buena pieza de Domingo cuando aún no era adjetivado santo fue enviado al Languedoc en calidad de elemento catequista en compañía de otros cinco fanáticos, españoles y obispos cual lo era él.

Situémonos. A principios del siglo XIII una zona extensa, comprendiendo casi todo el Mediodía francés, resintió la influencia de una religión nueva, el **catarés**, aparecida como consecuencia del comportamiento falaz y abusivo de las autoridades eclesiásticas obedientes a Roma. Las mejores tierras, toda la industria y la mayor parte de las riquezas languedocianas, así como el catado de las mujeres en trance de casorio, eran bienes que colmaban la ambición de abates y prelados, de tal suerte que los feudales de aquel entonces y de aquellos predios se inclinaron por el movimiento religioso protestante por estimarse lesionados en su orgullo y en su poderío frente a la Iglesia. Infinidad de pregoneros catarésiarcas recorrían montañas y valles, aldeas y ciudades pregonando el retorno al verdadero cristianismo, alimentándose con frugalidad, vistiendo túnica negra con cruz blanca en el pecho, en contraste con los abades y priores extraordinariamente rollizos y envueltos en sedas y alhajas como huries del Gran Turco. El resultado de esta obstinada campaña de los propagandistas del catarés fue que los obispos católicos de Carcassonnes y Castelnaudary vieran menguada la adhesión del pueblo langueduciano a la religión del Papa en la expresión de 1 contra 9. El catarés emergía triunfante...

Es entonces cuando entraron en escena los 6 jatos venidos de España por mandato de Roma. Había que desarticular al catarésismo, liquidarlo en su propia cuna antes de que el ejemplo escampara... Con Guzmán en cabeza, los obispos españoles peroraron ahincadamente, inquisitorialmente, a fin de convencer por susto a los incrédulos languedocianos. Tarea vana. El pueblo, ilustrado por la palabra de sus nuevos maestros y por la vida liviana que ni ahora desdeñaban los curas, se reía del Santo Padre y de la amenaza del infierno en las propias barbas de los enviados españoles, lo que decidió al jefe de estos, Domingo, a prescindir del curato indígena (por insolvente y cursi) y a entregarse a la tarea improba de conquistar a la opinión mediante un sacrificio parejo al de los voceros de la religión enemiga. Siendo así, en adelante los caminos y los riscos de las comarcas del Razés, del



Minervois, del Lauragais, etc., vieron pasar afañosos y semi-hambrientos a Guzmán y a sus compañeros vestidos en sotana blanca con cruz negra sobre el pecho, es decir, contradiciendo los colores de la vestimenta y emblema de los predicadores rivales.

Domingo de Guzmán, temperamento incansable, quedó solo en el empeño; su séquito, menos apto para una vida tan ruda, pereció enteramente en un espacio de cinco años. Todo lo aguantable se había agurado, ¡y el pueblo no cedía! Ideó entonces Guzmán un encuentro hablado con sus enemigos; amañado, desde luego. El reto franco del catarésiarca mayor, Guilhem de Castres, jamás le había con-

venido. Dispuso la polémica en la iglesia de Fanjeaux, pueblo situado en una altura al oeste de Carcassonne. El promotor estaría asistido del obispo de Castelnaudary y del prior de Bram. Guilhem de dos edictos suyos. Interesados, los vecinos de innumerables localidades se trasladaron a Fanjeaux ávidos de presenciar la discusión. Ya todos los contrincantes estaban presentes menos uno: el prior Bram. Pero una exclamación imponente y burlesca señaló su venida: el buen cristiano subía la cuesta montado en hermosa mula, hermosa por ella y por los áureos arreos que la adornaban. Tras este animal feliz seguían quince cuadrúpedos más llevando carga de pan candeal, jamones, asados, fruta, pasteles, vinos y licores a fin de quitar hambre y sed en un viaje de diez kilómetros...

Inmediatamente comprendió Domingo que gracias a este imbécil de prior Roma había perdido la partida. Le rogó retirarse, favor que no obtuvo. El orondo reverendo gozaba el favor del Santo Padre. Pidióle entonces Guzmán que le dejara las manos libres, obteniendo este consentimiento. Inmediatamente, Guzmán elevó una hoguera en el interior del templo para arrojar en ella un papel, al tiempo

que decía a los tres polemistas de enfrente: «Este papel nos encomienda a todos a Dios. Si se quema, la razón está con vosotros, y si resiste al fuego, el error vuestro es evidente.»

El papel no se quemó, y fue nuevamente arrojado al fuego, con igual resultado. Guilhem de Castres, que anteriormente había dado la voz de «discusión abierta y nada de trucos», descubrió que la encomienda había sido químicamente preparada. Entonces el pueblo (el «populacho», dicen los «historiadores» de la Iglesia) abucheó al español malabarista, afirmándose más en sus convicciones de disidencia religiosa.

Poco después el obispo de Castelnau de Narbonne debía morir atravesado por un espadachín en Tarascon du Rhône, y el obispo de Carcassonne sería violentamente arrojado de la catedral y fuera de muros por haber insultado al público que atrajera a su templo merced al anuncio de un famoso cantor italiano de la época; el feudal de Saussens, tutor del vizconde Trencavel (reyezuelo de Carcassonne) había humillado a los monjes de un monasterio fortificado haciendo presidir en calavera un cónclave por el antiguo prior (el nombramiento del nuevo prior no había sido consultado al vizconde). Todos estos «agravios» irritaron considerablemente a fray Domingo, ya de suyo excedido por el fracaso de seis años de peregrinación encarnizada. Roma fue advertida y a su vez Roma advirtió al rey Luis VI (de Gros) para que declarara la guerra «a los impíos de Occidente». El Gordo vaciló, pero a la segunda invocación del Vaticano encomendó a los duques y feudales de su dependencia que organizaran un ejército de ocupación, lo cual fue hecho, utilizando mercenarios, presidiarios y gallofines, puestos bajo el mando de Simón de Montfort. De este ejército en avance, en el Languedoc se tenían vagas referencias, pero el taimado Domingo conocía su venida por él propiciada. Aborrecido —pero no maltratado— deambulaba como un sonámbulo por las alturas de Fanjeaux interrogando el norte, fingiendo implorar al cielo, cuando en realidad lo que esperaba era lo temible que avanzaba por las rugosidades de la tierra. Y es en esta cotidiana y crepuscular espera que el aprendiz de santo dijo haber visto caer del cielo tres luces que fueron a parar en Les Puilles, en donde hizo levantar una capilla. Y otro «milagro» tenía que anotarse en el día de san Juan —ya en el Languedoc de trabajo— al recriminar a unos segadores por segar en tan señalada fiesta. «O trabajas tú, o no estorbes a los que trabajan», le gruñó una mujer del equipo. Luego los dorados tallos de la mies manaron sangre, y los segadores, horrorizados, interrumpieron su trabajo. La sangre de un accidentado, la tradición la ha convertido en lago, en el cual la verdad debía ser asfixiada.

De pronto la ciudad de Béziers (1212) fue embestida, devastada y su población pasada a cuchillo. Simón de Montfort y su ejército se habían hecho presentes: 3.000 mujeres, niños y ancianos, que buscaron refugio en la catedral, fueron quemados vivos en el interior de la misma. Camino de Carcassonne, la soldadesca del Santo Padre no dejaba

títtere con cabeza divisoando, tras esa marcha de horror, las torres de la Cité carcasonesa... Pronto la ciudad fue acometida y asaltada, quedando la famosa fortaleza por ganar. El estado mayor (seis cardenales venidos directamente de Roma) se estableció en una colina dominando Carcassonne, tras cuya operación empezó el sitio de la Cité, que debía durar dos meses. Trencavel (contando ahora veinticuatro años) se defendió bravamente en compañía de sus hombres, dispuesto a perecer en defensa de la libertad religiosa que escogiera su país. Pero la sed y la peste comprometieron su defensa, en vista de lo cual Pedro II de Aragón y Cataluña intercedió para un arreglo, obteniendo, del estado mayor papista, un alto el fuego con promesa de respetar al parlamentario enemigo. Fue este Trencavel en persona, el cual, al preguntar por las condiciones de rendición, fue declarado simple y llanamente detenido, para ser, días después, bárbaramente sacrificado. Indignado, Pedro II regresó a Cataluña para volver con sus huestes, peleando a Simón de Montfort en Muret (a unos kilómetros de Toulouse) hasta caer sin vida (1).

Tomada la Cité, perseguidos a sangre y fuego los partidarios del catarés, Roma impuso su dominio sobre la infortunada tierra conquistada, plantando la simbólica cruz, como ahora en España, sobre montones de casas y personas derribadas. Domingo de Guzmán, vencido en el terreno de la lógica, se erguía vencedor en este escenario de bestialismo consumado.

Aunque enemigos de reyes y religiones, contrastado ese Domingo intolerante y vengativo con el humano Pedro de Aragón y Cataluña, nuestra elección no es dudosa. Morir, debían hacerlo todos, Pedro y Trencavel en ejemplo, Simón de Montfort de una vil pedrada y Domingo de Guzmán de un ruín cólico nefrítico y con el orinal constantemente a su vera.

A pesar de ir para santo...

J. FERRER.

(1) Pedro II de Aragón y Cataluña era, en realidad, el padre carnal del joven Trencavel, a cuya madre sedujo con su arte de trovador.

La mejor sugestión de España en el mundo habría de consistir en encaminar nuestros pasos a España sin atribuirnos condición de héroes. Conviene atenuar la exaltación con el método y templanza de los improprios con la acción. Fuera de ésta no hay nada. Y dentro tampoco sin pensamiento.

Felipe ALAIZ en «Sugestión de España en el mundo» (1).

(1) Aún quedan algunos ejemplares, al precio de 0,50 NF. Pedidos a nuestro Servicio de Librería.

Dos américas distintas...

El compobiano, que se las picó, haciendo fu, de Estados Unidos, dándoles esquinazo a las chicharrinas atómicas que ya se huelen, me ilustra deshaciendo a zapatadas las nubes de humo, de que Prensa y Radio nos llenan la barretina, cantando las glorias del país del millón, el turrón y ¡un jamón! Así, a golpe de zoca, espantaba los mengues, que fraguovulcanizan los pedruscos descalabradores, un cura de mi tierra. Nada más que este *good fellow* iba vendimiando evangélicamente las viñas que no desendiblaban y mi doctrinante me endemonia con sus noticias a mí, clavándome entre las dos alas del hígado todo el dolor del averno.

..

Los 60 «Pátters» sin familia.— Los Estados Unidos enteros y verdaderos pertenecerán muy pronto solamente a 60 individuos sin madre y más estériles que una mula. Son los jefazos de los trusts, que agarrotan el público gazzate. Alguno de esos garroteros y garrochistas preside él solo 200 consorcios papelmonederos, metalúrgicos, carrilanos, alimenticios, etc. Todos ellos tienen su número telefónico en Washington, junto a la sede del Gobierno y las cámaras intestinales. El Presidente —el hombre de verdad— es su muñeco de paja y un mandado suyo. «Cameramans» y ministros les obedecen como carroñas en descomposición. En cuanto su Waltham —el mejor reloj de América, según los evangelistas de la XEW— marque la hora H, estallará el Apocalipsis de otro evangelista: el atómico. Acaparan esos jebuseos el 90 % del oro del mundo. Y van por el 10 restante; y por los untos del Oriente Medio, los zocos morunos de Asia y las materias primas de todos los números primos de la tabla de Pitágoras, que aun escapan a su control. La trastocracia y tratocracia democráticas han desembocado en la pesadilla de esta trustocracia, en la que no

Trustocracia

y trastocracia

se puede pensar sin espanto y helor de solomillo.

..

La araña y la mosca.— Toda la economía del País —su vida o su bolsa— se hallan inexorablemente presas en la red de esa gigante tela de araña. Están trustificados el acero, la briqueta de la panificación, el vestido, la guardilla, el auto judicial y el de llantas, la leche, la urea de burra, los cereales, la plancha de navegar, las conservas pesqueras, el pie fraituno (queso), la venta al detall en los supermercados, la electrotromotricidad, la edición, hasta la mayonesa en botecitos de lustrarse las botas. Hace poco, fueron trillados en California millón y medio de bushels —50 millones de kilos— de patata, por no bajar de las nubes el precio de ese tubérculo. Millares de acres de cebolla hubo que dejarlos pudrir en tierra el año pasado, porque el trust comprador no cubría ni el gasto de arrancarlas. El albrichigo, el durazno, la cereza, los ha de abandonar el cultivador a los gorrones en el Valle Imperial, porque las amalgamadas y los konzerns no abonan lo que cuesta descender del árbol esos frutos. Un agricultor, que quiso sacudir el yugo ominoso, enviando por su cuenta un millar de vagones de lechuga a los Grandes Lagos, no consiguió más que arruinarse: la ensalada turista, adrede atascada en el viaje, llegó a su destino en perdición y hecha sopas. Al rancharo impecunioso, que no regala casi la cre-

ma de sus vacas y de su sien, le obligan los especuladores a be-bérsela, a regarse con ella el bróquil, como Popea, en romanos baños de asiento. ¡La desolación de la descaseación! Y ¡pobre del que recalcitra, intentando fabricar pies de capuchinos (quesos) y mantecas! Se les denuncian las instalaciones por insalubres y se le truena como a Hiroshima.

..

Extensión universitaria.— Los trusts bananeros y cañeros, con fines puramente hedonísticos, tiranizan bárbaramente a la América Central y financian peronismos y chacalismos totalitarios por nuestros rumbos del Sur. De Puerto Rico han obligado a emigrar a la mitad de la población, embargándole al guajiro la parcela, cuya explotación se le había hecho aviesamente antieconómica. De Hawai son dueñas absolutas dos o tres Compañías piñeras y cocoterías. Mac Arthur, en el Japón, exterminó por cuenta de los trusters las tres cuartas partes de la salsa amarilla. Al café pasado por el calcetín, le han declarado en la metrópoli el boicot los esclavistas sureños, y el 90 por 100 de la masa de color no trabaja. En Miami la echan a puntapiés de las aceras y no la dejan acercarse al centro de la elegante población. En Luisiana y ambas Carolinas, los mascarones del Ku-Klux-Klan impiden pistola en mano votar al pobre Panchito. En Alabama y 29 Estadúnculos más, las negralmías hacen jornadas de trabajo galeóticas por 75 centavos de jornal. En Texas, al mexicano y hasta al ibero se les incluye entre el marro humano y la sangraza de raza inferior. «No ladréis» les dicen, cuando hablan en castellano. No, no hemos de ladrar los humillados y ofendidos de todas las estepas del mapa. Lo que habría que hacer es morder a lo caimán, con tres carreras de serruchos en cada mandíbula.

...PERO IGUALES

EL Presidente del Perú, Manuel Prado, se ha concedido el honor de unos días de vacación, hacer la vaca, para enchillarse en México, donde no a pocos enchinó el bucle eso de que proscibiera de la legalidad, al partido que tiene esto mismo por el eje con hoz y martillo y exilio a perpetuidad de las gangas del libre respiro, al mujik en Rusia y en 20 Karajanias más.

En las bizarro-perulerías, hubo un general, durante la guerra del Pacífico, de la propia onomástica del actual jefazo inca, Mariano Ignacio Prado, tan ameno, que sobre loyolear nominalmente, aun marianizaba.

Este personaje de charreteras, le costó a su patria tanto territorio como Santannón a México «presque». De él dicen verídicos anales: «La conquista de la cruz se hubo a la sazón de enfrentar con el morbo tan endémico en las continentales mulaterías, de los militronchos apoderándose de la Nación; y del órgano de la supuesta defensa, convertido en plaga y langosta de los debidos defender; no dejando tras su huella, más que baba amarilla y pasto en serraduras».

Ignoro si Manuel Prado desciende en línea curva del ignaciano de marras. Nada tendría de particular, porque las democracias son tan tutmósicas y dinastizantes y «del si me quebras, te quebro», como las de los aplastados por las Pirámides.

Allí las mujeres de placer imitaban los cuellos de ibis, los ojos de loto y los cutis de papiro de las Faraonas. Como hoy a muchas gringas les da el histérico de remedar la nariz de pico de candil de mistress Kennedy, en competencia con los desmayos que les producen los gorigoritos del cantante Priestley o de la otra corneja Paul Anka.

Todos los mandamasas o mandamansos tienen los higados verdes, la herramienta dental y la quijada sansónica de los cocodrilos.

Prada, no Prado

En el Perú, ha habido una pradera de genisidad y alta hombría, hombría de hache mayúscula, que a cuanta paja tocaban sus lindes la volvían ensalada jugosa y deslumbrante flor. Me refiero a González Prada.

No toda América es Canadá, «que nada ha». Se entiende en galas de espíritu. El desierto moral lo han atajado aquí Prajedes en Méjico, Barret en el Paraguay, Pacheco en la Argentina, Thoreau en la propia Gringolandia.

Son dichos cuates los verdaderos 5 megálicos de este Hemisferio, de tantas fieras; los auténticos santos Padres del saber de la iglesia laico-occidental.

Contra lo que a manta se opina, América, Indo o Iberoamérica, no adolece de castritis y cheguevaritis.

América es libertaria; revolucionaria, no epidérmica y superficial, plana e involuminoide. Los esporádicos son sus caudillajes. Los que sudan insustancia y ganas de personal son sus liderones.

Los Novi Mondí no serán nunca Vurikos, ni Sungs. Los que quieren poner a rédito el actual borborigmar que nos transporta, tendrán un fiasco. Morderán en hueso. Y tras en güeso, el polvo.

El «man» u «homo americanus», independentista ¡bien! Anticolonialista ¡correcto! Antiesclavónico ¡perfectísimos!

A estatizar hasta el aliento, a burocratizar incluso a las gatas de la domesticidad, que vaya el apostatado marxista a Oriente; a la sin buena ventura Asia; al Tibet lamaico; al indo bramón; a coolimania; a la Kagaranda jambera.

El peón de aquí —gaucho o guajiro— cuando algún leninista extravagante le pregunta para qué quiere la libertad, contesta

como el rayo, en chispas: Para no ser mucamo, carguero, yanacóna y macegual; siervo ciervo; bestia de baste y secuaz de reata de ningún mal nacido.

«Para pasear, después de rendir el esfuerzo razonable, en mi «jeep» de 20 lumbres, como todo un señor.

«Para que la escrófula no me degüelle la chamacada; y para que me huela bonito, como toronjil, el pecho de mi china.

«Para darle p'al pelo a mi caporal, si se me sube.

«Para irme con la bola al monte, en cuanto me pete.

«A hacerles la guerra a los cogotudos, a los chapetones, a los sanchopanzorros, a quienes no cunde más que el mofle y el jamón.

«A los que lunchonan 6 veces al día.

«A los que se sorben el huevo de 2 yemas, que ponen las gallinas.

«A los que se toman en el «break-fast» la leche pasteurizada, certificada, preferente; sin descremar y desuerificar; sin privarla de cáseo y avitaminosarla.

«A los que en cuanto manosean 4 cuartos del conejo, empiezan por adquirir un Cádillac, para atropellar material escolar; construirse una residencia o comprarse un «chalet» de chalados; por agenciarse un rancho, más grande que mi pueblo; por echarse de querida una lampadante cinesta, una cínica de cine; por hacer de cada pollona de su hogar el escaparate de una bisutería, la exposición de guarniciones de un talabartero.

«Para esas frioleras, queremos ser libres; dejar de ser liebres, huyendo delante de las escopetas y de los perros como lobos del orden.

«Para no hacer de montura de ningún herniado esparracado.

«Para no aguantar potras o ancas, no andar a trancas, ni capuzar en todas las barrancas de la Creación.

«Para eso, nomasito».

Angel SAMBLANCAT

Valor del principio individualista

ARTURO Koestler, en su tan propagada obra « El cero y el infinito », plantea el problema que turba muchas inteligencias. Se trata de decidir si el individuo vale y merece respeto y consideración por sí mismo, por algo peculiar, particular, «individual» o si, por el contrario, no es estimable y tenido en cuenta que como miembro de la Humanidad.

La cuestión, algo empuñecida, se ve surgir doquiera la observación se fije; hay una tendencia alarmante a supeditar cada vez más el individuo al grupo, de sumergir los derechos individuales en una cantidad creciente de deberes hacia la colectividad y de ahogar, en nombre de ésta, el espíritu crítico, el espíritu de independencia, el gusto del riesgo y el ánimo emprendedor.

Con todas estas cualidades quedan abatidas otras no menos preciosas, como la confianza en sí mismo, y ese temple que no cede ni se deprime ante las contrariedades... No se ve, sin embargo, de qué manera una colectividad puede ser libre si está compuesta de individuos limitados por todas partes; ni qué potencia creadora alcanzará el pensamiento de la primera si sus elementos reciben las opiniones hechas, carecen de medios para tener ideas propias y no son dueños de sentir una oposición ni de manifestarla...

Con frecuencia se olvidan dos cosas elementales: una, que cuanto más poderoso es un grupo humano, más difícil es un acuerdo, a no ser en asuntos inmediatos y concretos; otra, que el acuerdo es también tanto más difícil cuanto más evolucionada y robusta es la personalidad, cuanto más acabada y completa es su formación. Los fines individuales son y serán siempre innumerables; podrán acallarse por el terror o por otras circunstancias que los reduzcan a silencio momentáneamente; pero no dejarán de existir nunca y su realización, más o menos perfecta o aproximada, es lo que da la sensación de felicidad. Esta es, pues, algo subjetivo y muy difícil de elaborar, ni siquiera aproximadamente, si no es por el mismo sujeto. Nunca parece más acertada que cuando se piensa en esto, aquella imagen por la que los individuos de distinto temperamento se comparan a personas que habitaran a los dos lados de un abismo infranqueable. Sólo de una manera aproximada, y aun en individuos afines por su constitución y manera de reaccionar, puede uno formarse idea de las emociones ajenas, de las cadenas de razonamientos, de las intuiciones, de los impulsos. Jamás un individuo de carácter tranquilo, un flemático, podrá comprender un emotivo y a la inversa; como un hombre sin curiosidad y de espíritu rutinario no podrá nunca explicarse el investigador incansable, siempre inquieto y curioso.

La felicidad, como la justicia, supone la diversidad y sólo puede alcanzarse... relativamente, cuan-

do el individuo conquista más y más su autonomía y cada vez en nuevos sectores de actividad.

El camino es el mismo que conduce a la magnífica eclosión de las ciencias y las artes, al acrecentamiento de la belleza en el mundo. La «multitud» tiene miedo u odio a la verdad; y la supeditación de la individualidad humana al grupo detiene, aunque sea pasajera, la marcha triunfal del Hombre.

Cuando el individuo no tiene defensa contra el poder arbitrario, se producen los casos que todos conocemos: Galileo encerrado entre tinieblas por querer estudiar el cielo; Semmelweis calumniado, perseguido por su propio maestro por sostener que la desinfección previa de las manos que intervienen disminuye la frecuencia de las infecciones puerperales; el inventor del teléfono en Boston detenido como estafador porque se consideraba imposible este modo de transmisión de la palabra, y porque, aunque se imaginara posible, no serviría para nada.

Tampoco se ve cómo los verdaderos valores morales podrían conservarse si la autonomía del individuo estaba de tal manera sacrificada a la colectividad que aquél no era dueño de decidir las cosas que quisiera sacrificar, a cuáles y por qué razones. Cuando el individuo observara una conducta que no obedeciera a principios generales admitidos universalmente, sino que obrase al dictado del exterior, sin capacidad de elección, las virtudes más respetables perderían todo su significado y valor. Uno y otro derivan de la libertad del individuo para decidirse, de la posibilidad que él tiene para sacrificar o no ciertos valores a otros.

Es verdad que, a veces, son muy buenas las intenciones que animan a los que mantienen firmemente el principio de soberanía de la colectividad y que no conceden valor al individuo sino como miembro de ella; pero las buenas intenciones no sirven para prejuzgar los resultados. Cuando se ha uniformado el saludo de los hombres obligando a levantar el puño, se ha abierto el camino a la uniformidad de la mano extendida; y nadie negará que el primero es anterior cronológicamente al segundo. Cuando se organizaron adolescentes y jóvenes uniformándolos en cuerpo y alma, no se hacía más que preparar el advenimiento de las «balillas» y de las juventudes hitlerianas.

El principio colectivista deformado tiene esto de peligroso: que arrebatando al hombre sus particularidades individuales, atropellando la esencia peculiar a «cada uno», crea una mentalidad que se nutre de consignas y propaganda, que pierde el saludable hábito de la decisión individual, de la crítica y de la confianza en sí y es presa fácil para cualquier extravío o aun para, siguiendo una lógica implacable, acabar con los tesoros espirituales que pretende defender.

AMPARO POCH Y GASCON.

H. Ryner **Dos sueños de Pacíficus**

MIENTRAS que los ejércitos combatían, torbellino de sangre y de rabia, el Genio de la Guerra apareció en sueños a Pacíficus:

Y lo interrogó en estos términos:
— ¿Eres francés o eres alemán? ¿Eres inglés o austriaco, o ruso, o turco, o serbio?

Extraños misterios tiene el sueño. En lugar de colocar con precisión en la vida de hoy, la pregunta actual transportó a Pacíficus hacia los días de antaño. Fue como si volviese a ver algunas de sus vidas anteriores o como si viese la existencia de algunos filósofos antiguos. Y lo que en seguida respondió no fue su presente, fueron algunos de sus pasados o fue el pasado de otros hombres.

Por consiguiente, en la confusión del sueño, las respuestas se dirigían a preguntas que no parecían haber sido planteadas.

PACIFICUS

— Yo no soy ya cínico desde que ví a un cínico servirse de su bastón, no para aliviar su marcha, sino para refutar a un contradictor.

Y el extraño diálogo continuaba, enfrentándose con respuestas en donde tal vez las preguntas parecían huir.

— ¿Eres alemán? demandaba el Genio de la Guerra.

PACIFICUS

— Yo no soy estoico desde que el estoico Marco Aurelio atormenta y mata a los cristianos... Cuando encuentre una filosofía que, emocionante para mi corazón y satisfactoria para mi espíritu, a nadie habrá golpeado, de nuevo tendré una filosofía.

EL GENIO DE LA GUERRA

— ¿Eres francés?

PACIFICUS

— Fui cristiano, mientras el cristianismo no tuvo otros defensores que los mártires. Pero cuando el cristianismo produjo perseguidores, soldados y verdugos, repudié al cristianismo vuelto infame.

EL GENIO DE LA GUERRA

— ¿Eres inglés?

PACIFICUS

— Fui hugonote mientras los hugonotes tuvieron la valentía de dejarse matar sin matar. El día en que Coligny llamó a las armas a todos los Reformados, me alejé de los Reformados... Cuando encuentre una religión que no haya matado, de nuevo tendré una religión.

EL GENIO DE LA GUERRA

— ¿Eres austriaco?

PACIFICUS

— Fui francmasón mientras los francmasones fueron perseguidos. El día en que ese pueblo de vigilados se volvió un pueblo de vigilantes, hui de la maloliente ignominia... Cuando encuentre un grupo en que nadie intente perseguir al prójimo, daré mi corazón a ese grupo.

EL GENIO DE LA GUERRA

— ¿Me responderás al fin? ¿Eres francés o alemán, eres ruso, austriaco o inglés?

PACIFICUS

— Cuando encuentre un pueblo que no derrame sangre humana, tendré una patria.

Algunas noches después de la noche que acabo de narrar, el Genio de la Guerra apareció por segunda vez a Pacíficus.

★

EL GENIO DE LA GUERRA

— Ha llegado la hora en la cual los destinos harán inclinar los platillos de la balanza. ¿Qué platillo deseas ver inclinado?

PACIFICUS

— ¿Tendría algún peso mi deseo inclinado?

EL GENIO DE LA GUERRA

— Ensayá a ver lo que pasa.

PACIFICUS

— Que la balanza se incline en favor de mi nación. Da a mi nación esa menor derrota que los locos llaman victoria.

EL GENIO DE LA GUERRA

— El flotamiento de los destinos se iba a inclinar hacia el otro sentido. Pero la diferencia en los pesos es débil y vacilante. Tu esfuerzo, en este momento, puede decidir los destinos. Añade en seguida al peso de tu deseo un peso más material.

PACIFICUS

— Agarra los pocos bienes que tengo. Y toma mi vida. Y, si los sufrimientos tienen ante tus ojos algún valor, aplástame, durante la agonía, de cuantos sufrimientos quieras.

EL GENIO DE LA GUERRA

— Los destinos rechazan tu sacrificio. Exigen que traigas otro peso.

PACIFICUS

— Si algo he olvidado en lo que me pertenece, que lo tomen.

EL GENIO DE LA GUERRA

— Escucha la exigencia de los destinos. En cambio de una victoria acordada a los tuyos, te piden que añadas en el amontonamiento fantástico de los cadáveres, otro cadáver más. Y llevan la dulzura hasta no exigir de tí ningún gesto mortífero, sino solamente una palabra de consentimiento. Di: «Sí» a la victoria y a la muerte.

PACIFICUS

— No puedo. ¡Mi vida! Toma mi vida. Pues la vida de otro no me pertenece y no puedo, por lo tanto, darla.

EL GENIO DE LA GUERRA

— Los destinos indulgentes te piden el cadáver de un enemigo: se contentan con un simple soldado. Lo exigen mediocre de inteligencia y de carácter, soltero, huérfano de padre y madre, sin familiares ni amigos. Dalese ese hombre que no conoces y que es indiferente a todos.

PACIFICUS

— Ningún hombre me es indiferente.

EL GENIO DE LA GUERRA

— Nadie derramará una sola lágrima por él.

PACIFICUS

— Causaría mi remordimiento mientras viviera.

EL GENIO DE LA GUERRA

— Estaría el remordimiento en no haber querido conquistar, tan fácilmente, el montón de tesoros materiales y morales que esta sola palabra resume: la victoria.

PACIFICUS

— Ningún premio material iguala la vida del más humilde de los hombres y, para el asesino, no puede haber ya tesoro moral. Toma cuanto me pertenece y que te doy de todo corazón, o cesa con tu impotente tentación. Nada es lo bastante fuerte y seductor para hacer de mi corazón un homicida.

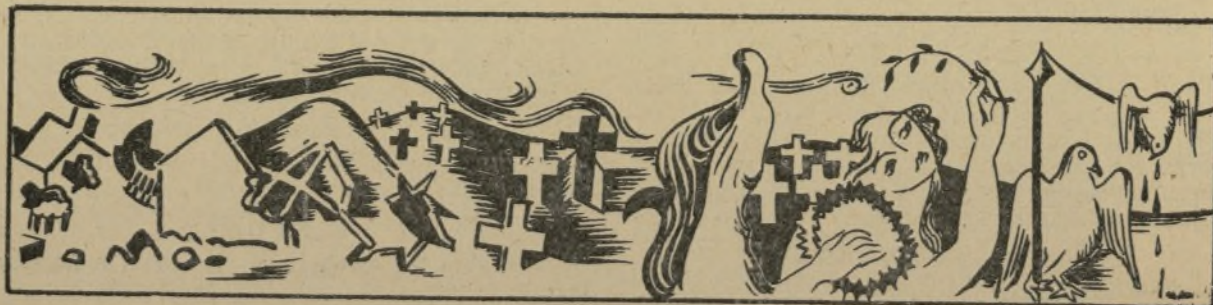
★

Pacificus se despertó. Su cuerpo estaba cubierto de sudor como luego de un gran combate; su cara estaba cubierta de lágrimas como después de un gran sacrificio.

NOTA. — Extracto del libro inédito de Han Ryner, «Los diálogos de la guerra» (Dialogues de la guerre). — V. M.

«Los autores de la Biblia han dibujado a su Dios según su propio retrato, dándole todas las pasiones
Maitre N. Simón en «Paseo humorístico a través de las religiones y los dogmas».

Precio: 1,00 NF. Pedidos a nuestro S. de Librería.



La Masonería, según Bakunin

EXPRESION genuina de la clase media, en su desenvolvimiento, por su creciente poder al principio y luego por su decadencia —dice Bakunin—, la Masonería ha representado en cierto modo el desarrollo, el poder y la decadencia intelectual y moral de dicha clase.

Antes de 1793 había reunido en su seno los espíritus más distinguidos, los corazones más ardientes, las voluntades más fieras, los caracteres más audaces, y había constituido una organización activa, potente y realmente bienhechora.

Era la encarnación enérgica y la realización humanitaria del siglo XVIII.

Todos los grandes principios de igualdad, libertad y fraternidad, razón y justicia humanas, elaborados primero por la filosofía de aquel siglo, se habían convertido en el seno de la Masonería en dogmas prácticos, y a manera de bases de una moral y una política nuevas, se había hecho el alma de una empresa gigantesca de demolición y de reconstrucción.

La Masonería en aquella época no fue otra cosa que la conspiración universal de la clase media revolucionaria contra la tiranía feudal, monárquica y divina.

Fue la Internacional de dicha clase.

EXTRACTO DE «PROVERBIOS MORALES»

«Ni habrá contento que quite
tan solamente una cana,
Ni vanidad cortesana
que deje al dueño que duerma,
Ni habrá fama que, si enferma,
no tenga difícil cura,
Ni se gana sin ventura
ni se conserva sin arte,
Ni por perder una parte
se ha de aventurar el todo,
Ni hay hombre que por su modo
no sea un loco perenal,
Ni con falta de caudal
es bueno levantar obra
Ni pienso que a nadie sobra
dinero para mal uso,
Ni tiempo al hombre confuso
para bien ni mal obrar.
Ni quien sepa moderar
el hambre del apetito,
Ni hay manjar tan exquisito
que siendo mucho no enfade,
Ni vicio, por más que agrade
que no remuerda o condene
Ni el que pocas fuerzas tiene
las probará si no es necio.



Es sabido que casi todos los actores principales de la primera revolución han sido masones, y que al estallar esta revolución encontraron, gracias a la Masonería, amigos y cooperadores decididos y poderosos en todos los demás países, lo cual indudablemente favoreció en gran manera su triunfo.

..
Pero es igualmente evidente que el triunfo de la revolución ha matado la Masonería, porque habiendo aquélla satisfecho en gran parte sus aspiraciones de la clase media, y habiéndole hecho ocupar el puesto de la aristocracia nobiliaria, la clase media ha venido a ser, a su vez, y de un modo muy natural, la clase privilegiada, explotadora, opresora, conservadora y reaccionaria, la amiga y el sostén más firme del Estado.

Después del golpe de Estado de Napoleón I, la Masonería se había hecho, en gran parte del Continente europeo, una institución imperial.

La Restauración la hizo revivir algún tanto en Francia.

Viéndose amenazada con la vuelta del antiguo régimen, se vio forzada a ser nuevamente revolucionaria, pero su espíritu había decaído ya muchísimo.

Con las revoluciones de 1830 y 1848 en Francia la Masonería acabó por completo su revolucionarismo, puesto que habiéndose hecho servidora de la clase media y hallándose ésta en el pleno goce de todos los privilegios, dominando verdaderamente al mundo, perdió también su razón de ser, conservándose hoy estacionaria e impotente, sin energías ni ideas nuevas que la hagan mover.

Puede compararse ahora la Masonería a un viejo buque que le entra el agua por todas sus anchas grietas, sin gobernalle ni brújula, esperando el momento de irse a pique al primer golpe de mar.

No por el golpe de mar, sino por la tremenda tempestad representada por el proletariado, que barrerá de la superficie las caducas instituciones con todos sus irritantes privilegios, que, cual el Caín de la fábula bíblica, asesinan a su hermano Abel, el proletariado, olvidándose de que éste le ayudó y fue su poderoso brazo para conquistar el triunfo, desconociendo los derechos de su hermano y que, sin embargo, representa la primera potencia social.

VERSIONES

por DENIS

EL CORTESANO

ERASE un conde, marqués o duque, poco importa, favorito del rey. Había ganado el honor del puesto con honor: metiendo a su mujer en el lecho del soberano. Cada cual juzga el honor a su manera. No está a nuestro alcance comprender honor tan alto como el del favorito y sus pares, gentes, nadie lo ignora, para las cuales el honor es como una protección.

No era nuevo, ni original, llegar a los puestos elevados por caminos tan directos. El propio favorito debía su título de conde, de marqués o de duque, a un hecho semejante: una abuela, metida también en el lecho del rey, lo había ganado. Tenía así el orgullo — cada uno se siente orgulloso de lo que puede — de que corriera por sus venas sangre real.

El puesto de favorito era muy envidiado. Dejaba las manos libres para gozar privilegios sin número: entre otros, el de tener en el lecho las mujeres de los que aspiraban a cargos de menos importancia.

Ni el rey, ni el favorito, ni los que envidiaban el puesto al favorito — espuma de la nación —, pensaban apenas en otra cosa que en tener mujeres en el lecho. Signo, como pocos de impotencia. El hombre de muchas mujeres no es un hombre, como la mujer de muchos hombres no es una mujer.

Para disputar al favorito el envidiado puesto, cada día eran llevadas al lecho del monarca otras

Mejor harían muchos plumíferos que del anarquismo se ocupan, a su manera, en buscar en sus bases filosóficas, morales y humanas algún ejemplo con que adornar su desdichada existencia.

¿Sociedad con gobierno? He ahí la broma, una broma archipesada, incongruente, que determina el que los hombres se consideren enemigos, que fomenta catástrofes de toda índole, que esclaviza y avasalla en todo el mundo. Una broma que no es broma, que es tragedia.

¿Por qué?

Por las fronteras que crea.

Por los ejércitos que constituye.

Por las dominaciones que engendra.

Por el imperialismo y el totalitarismo. Por el hambre y el caos social. Por... tantas cosas, que para saberlas todas tendremos necesidad de que los hombres digan lo que saben, y aun algunas cosas se habrán perdido tras las brumas de los tiempos.

R.

mujeres: lindas, pero que no debían tener, en privado, los encantos de la mujer del favorito. Porque ese sacrificio, si sacrificio había, era inútil. El favorito permanecía inmovible en el favor del rey.

Salvo en esa rivalidad, que no se manifestaba siempre con las maneras debidas entre personas de tan preclaro nacimiento, el favorito y sus envidiosos mantenían relaciones de una cortesía exquisita. La mujer de cada uno, antes o después de pasar por el lecho del rey, era la mujer de todos: comunidad no exenta de grandeza, ni de esa gran virtud que es la liberalidad.

Podía no saberse quién era el padre del hijo que a cualquiera le nacía, pero por las venas del hijo corría, y eso bastaba, sangre azul, no empañada. La casta elegida se perpetuaba sin mezclas adventicias.

No siempre. Nada hay en el mundo sin excepciones. Sucedió, a veces, por accidente, por desgraciado accidente, que la mujer traía al hogar un vástago de sangre impura. Y que su ejemplo, por los caminos más extraviados, era seguido.

El escándalo, cuando una mujer así olvidaba su rango, era ahogado, pero era un escándalo. Hasta tal punto que ningún miembro de la casta elegida metía ya en su lecho a la olvidadiza, como no fuese en secreto.

Y de aquí surgía la causa de que su ejemplo fuera seguido. El secreto en que se entregaba a aquello mismo que antes hacía a sabiendas de todos, le proporcionaba un placer sin medida. Siempre el secreto aviva el placer. Ese placer la transformaba. La hacía más bella, más graciosa, más ingeniosa. Brillaban más sus ojos. Sonreía con una alegría íntima casi contagiosa. Una transformación tan radical despertaba la curiosidad de las otras mujeres. Buscaban — no tenían otra cosa que hacer — sus causas. Y no tardaban en encontrarlas. Descubrimiento que traía tras sí una multiplicación de los accidentes desgraciados.

Tal era la vida del favorito y sus rivales, y de las mujeres que tenían en común, compartidas, por los accidentes desgraciados, váyase a saber con quién. A la que presidía, desde su altura, como una corona, el rey. Cuidadoso, a ratos perdidos, por los juegos de la guerra o de la diplomacia, de los intereses de la nación, que eran los suyos. No podía permitirse que sufrieran menoscabo. Estaba permitido, con menoscabo de los intereses de las naciones vecinas, su acrecentamiento. No hay, cualquiera que sea la época, otra política internacional. Ni otra moral internacional. Si el vecino toma por asalto una provincia es un acto de bandidaje. Si se toma al vecino, por asalto, medio país, es una conquista gloriosa.

Ese cuidado suponía gastos cuantiosos, a los

cuales se sumaban los exigidos por la existencia del rey, del favorito, de sus rivales, de sus mujeres comunes, que era una existencia lujosa, suntuosa. Se sufragaban, a veces con dificultades, gracias a unos animalillos, parecidos a hombres, que cultivaban la tierra, extraían el carbón de las minas, atravesaban los mares en busca de especias exóticas y realizaban, en fin, otra multitud de trabajos inverosímiles. Y que eran felices de que hubiera quien llevara una existencia lujosa, suntuosa. No habrían podido vivir, de otro modo. Vivían, tal vez no tan bien como fuera de desear, pero vivían, porque había quien consumía los frutos que cosechaban, quien quemaba el carbón que extraían, quien sazónaba sus comidas con las especias que transportaban, quien se rodeaba de las otras mil cosas que salían de sus manos. Si hubieran tenido ellos mismos que consumir los frutos, quemar el carbón, sazónar las comidas, rodearse de los objetos que fabricaban, eso no habría sido vivir, eso habría sido el más absurdo de los absurdos. Por fortuna, la providencia velaba por ellos y había quien llevaba una existencia lujosa, suntuosa.

Pero basta de esos animalitos. Ni el rey, ni el favorito, ni los rivales del favorito, ni las mujeres de todos ellos y de no se sabe quién más — ocupados en las altas tareas que se han visto —, les prestaban atención. Y es imperdonable, de nuestra parte, haberlos mencionado.

La tarea principal del favorito, que era mantenerse en su puesto, llegó con el tiempo a ser difícil. Su mujer había envejecido, y cuando el soberano, viejo ya también, seguía complaciéndose en su compañía, podía suceder que alguna mujer joven, de las muchas que le metían en el lecho, le complaciera más. Peligro que no encontraba — y era fértil en recursos —, modo de evitar. No tenía ninguna hermana adolescente, para sustituir a su mujer. Algunos rivales si las tenían, y no vacilarían en ofrecerlas, fracasados con sus mujeres y con sus amantes. Era una lucha sorda, implacable, miserable, de una vileza sin límite.

Nada había desvelado jamás al favorito. Ahora, pasaba noches enteras en blanco, temeroso de no ser ya el favorito al levantarse.

Se ha dicho, por personas poco reflexivas, que los hombres se dividen en buenos y malos. Otras, que se han asomado a la intimidad humana con mirada más penetrante, los han encontrado buenos y malos a la vez. No es este juicio erróneo, pero es halagador. Por lo menos, para la mayor parte. En general, los hombres no son ni buenos ni malos. Son bajos.

Pero dejemos al favorito mismo decirlo.

Desesperados, sus rivales, de hacerle caer, cada uno por sus propios medios, se concertaron para, entre todos, buscar modo de que fuera sustituido, no importa por cuál de ellos.

Se habían reunido ya diversas veces y discutido varios proyectos, al fin desechados. Ninguno pareció eficaz para el objeto perseguido. No era el adversario fácil de vencer. Había que encontrar un arma que él no sospechara.

Uno de los rivales, que había sido amante de la mujer del favorito, y para quien la mujer del favorito guardaba todavía delicadas atenciones, fue comprometido, y se comprometió, a reanudar su antigua relación. Una vez reanudada, los demás se cuidarían de que el rey tuviera noticia de ella. Más aún: de que el rey mismo sorprendiera a la pareja en circunstancias que ninguna duda fuera posible.

El favorito tuvo confidencia de la conspiración y no trató, desde entonces, sino de sorprender a los conjurados. La suerte y el soborno le protegieron. Se le abrió una puerta, en palacio, tras la cual estaban todos sus rivales reunidos, dando la última mano a su proyecto.

Al ver entrar al favorito, palidecieron. Todo estaba perdido una vez más.

El favorito, sonriendo, les miró uno a uno, y dijo, suavemente, suavemente:

— Todas vuestras bajezas, hasta ahora, han sido inútiles. Espero que sean también en lo sucesivo.

Por fortuna, ya queda poca hiel que apurar en el fondo de mi copa, y un día se desprenderá de mis trémulas manos y quedará hecha añicos en el suelo.

Entre tanto, la levanto en alto, y bebo hasta la última gota, por amarga que sea, brindando con el mayor entusiasmo por el triunfo de la Anarquía entre los hombres,

Al nacer, jóvenes queridos, os entregaron vuestros padres la bella copa de la Vida, el único tesoro real que poseéis. Conservad puro su contenido y evitad que manos extrañas lo adulteren, vertiendo en ella las esencias de la explotación y de la tiranía. Solo así, al final de la jornada, cuando hayáis apurado su contenido, podréis dormir tranquilos el sueño de muerte, después de haber sembrado el bien en vuestra vida.

PEDRO VALLINA

El pensamiento anarquista

(Continuación)

La presencia de Santo Tomás de Aquino implica un renacimiento cristiano al esforzarse en mitigar las exigencias teológicas a fin de que fueran accesibles a las masas. Su llamada aristotélica: «El hombre es un animal político y sociable que vive en compañía en mayor intensidad que los demás animales, lo que demuestra la existencia y es consecuencia de una natural necesidad» (De Regimini Principium), tiende a encauzar este desvío que Thomas C. Hall pone de manifiesto más la confianza de las masas no pudo recuperarse y el cristianismo pasó a ser promesa para el más allá quedando el campo terrenal en espera de soluciones para este mundo.

Las soluciones no pueden ser las del laboratorio. El pueblo acude a la revuelta que es la consecuencia de toda sujeción, cuando ésta es vencida. La historia de Europa está jalonada de esta violencia. En una sola página de su obra «L'Evolution de L'Esclavage», Charles Letourneau nos hace sentir el vértigo de las revueltas europeas: «En el siglo III los colonos y los siervos galos, bajo el nombre de **Bagaudes**, se sublevan contra el fisco romano. Sumando cerca de cien mil arruinan los castillos y las villas, pero terminan por ser exterminados. En 1251 los Pastorales arrasan Francia y fueron también aplastados. En el siglo XIV las **jaqueries** se avalanzaron contra los castillos y torturaron a sus dueños. Estos son los grandes movimientos serviles, los que la historia ha tratado de tener en cuenta. En realidad, estallaban movimientos pequeños constantemente, ora sobre un punto, ora sobre otro de Europa. Un capitular de Luis el Piadoso habla de las conjuraciones de los siervos flamencos; en el siglo IX los **restauradores** sajones prueban en restablecer el paganismo. Hacia el año 1000 los siervos normandos se sublevan contra Ricardo II. En 1041, los pequeños **vavasseurs** del Milanes e inclusive algunos de condición servil, dice un cronista, el cenobita Epidanno, conspiraron insolentemente contra su señor y nombraron jueces e instauraron derechos y leyes. El obispo de Milán y los demás dignatarios (senadores) de Italia, debieron empuñar las armas para reprimir tanta insolencia. En el siglo XIV, los campesinos del Alto Valais imaginaron, para deshacerse de sus barones opresores, el siguiente procedimiento, llamado de la **mazza**: cuando un barón se volvía demasiado molesto, se fabricaba, en madera, una estatua, que lo representaba; era la **mazza**. Este emblema era llevado de casa en casa y todo aquél que votaba condenando al barón plantaba un clavo en ella.

Después, cuando la **mazza** estaba cubierta de clavos se iba a depositarla a la puerta del condenado. Regularmente éste huía y su castillo lo demolió» (32).

La rebelión aparece en proporción directa a las injusticias. No es, en principio, el punto de partida de la revolución social. El objetivo es arrasar con la opresión que pesa sobre los humildes sin programa que proyecte un cambio estructural una vez terminada la violencia. Es una represalia sangrienta contra los opresores y contra sus bienes. La represalia que Hesiodo narra y que llevaron a cabo los campesinos de Magara en el año 640 antes de nuestra era cuando sacrificaron el ganado de los grandes terratenientes, por ejemplo.

La de Espartaco contra la omnipotente Roma. La de las «Jaqueries» en Francia. Las inglesas, especialmente la que encabezara John Ball, discípulo de John Wycliffe, el precursor de la Reforma, de la que también es prólogo la rebelión de los albigenses. La de Pierre Valdo, fundador de la herejía valdense, que se despoja de sus bienes en favor de los pobres y ataca a la curia por su amor desmedido al dinero. La de Jacob Van Maerlant en Holanda y la de Segarelli en Italia, ambos del siglo XIII. Represalias, rebeliones y deseos de sociedades más justas, todo ello impulsado con la mística del Medio Evo, la misma mística que levantaba las catedrales, pero que le niega, como el jurisconsulto Pierre Dubois en pleno siglo XIII también, el poder temporal al Papado, y arma a los «Hermanos de los Apóstoles», institución creada por Segarelli, contra las tropas del Papa.

Aparecen también los «Hermanos y Hermanas del Libre Espíritu», que rechazan toda clase de autoridad y proclaman la comunidad de bienes. Cuando son destruidos en Francia vemos aparecer brotes afines en Holanda y Flandes con el nombre de «Klompdraggers» y «libertinos». A los **husitas** suceden los partidarios de Chelchicky, quien se anticipa a León Tolstoi en sus prédicas de conducta moral y social. Sus partidarios se bifurcaron y una nueva corriente, conocida por la de los «Hermanos Moravos» tuvo cierto ascendiente. Sus normas eran la comunidad de bienes, el trabajo en común y educación para todos. Como Pedro Chelchiky estiman que todo soldado es un asesino y la guerra el más terrible de los males. Máxima señera: todo el mundo debe trabajar.

(32) — Citado por André Lorulot. — «Histoire Populaire du socialisme mondial. — Pág. 66. — L'Idée Libre. — Herblay, 945.

Estas salidas de madre de las inquietudes populares fueron regresando a sus cauces cristalizando en la Comuna, la conquista social más importante de la Edad Media.

«En esta manera — dice Rudolf Rocker — las victoriosas comunidades ganaron sus «Cartas» y crearon sus constituciones ciudadanas en las cuales el nuevo «status» legal encontró su expresión. Inclusive allí donde las comunidades no eran bastante fuertes para rematar una independencia completa ellas obligaron al poder reinante a estimables concesiones. Esto ampara desde el siglo X hasta el siglo XV, la gran época de las ciudades libres y del federalismo donde la cultura europea era protegida de la inmersión total y la influencia política de la realeza creciente se veía confinada a las regiones no urbanas. La comuna medioeval era uno de estos sistemas sociales constructivos donde la vida, con sus innumerables formas, fluía desde una periferia social hacia un centro común y siempre cambiando, introducía múltiples conexiones abriendo para el hombre nuevas perspectivas para su ser social. En estos tiempos el individuo se siente, él mismo, como un miembro independiente, lo que hace su trabajo productivo, da alas a su espíritu y lo protege del estancamiento de la mente.

«En este ambiente social el hombre se siente libre en sus decisiones, bien que interfiere en un sin número de facetas en la comunidad. En esta verdadera libertad de asociación la que da fuerza y carácter a su personalidad y contenido moral a su voluntad. Lleva la «Ley de Asociación» en su pecho y de ahí que toda coacción externa aparezca sin sentido e incomprensible. Siente, donde quiera que sea, la plena responsabilidad que surge de las relaciones sociales entre él y sus compañeros y hace de ello, la base de su conducta personal.»

«En este gran período de federalismo donde la vida social no estaba aún catalogada por una teoría abstracta y cada uno hacía lo que la necesidad de las circunstancias le exigían, todos los países estaban cubiertos por una red muy densa de asociaciones fraternales, guildas de oficio, parroquias de iglesias, asociaciones distritales, confederaciones ciudadanas e innumerables alianzas surgidas del libre acuerdo. Según el dictado de las necesidades del momento sufrían cambios o reconstrucciones completas e, inclusive, desaparecían, para dar lugar a las ligas completamente nuevas, sin tener que esperar la iniciativa del poder central que lo dirige y guía todo desde arriba. La comunidad medieval era en todos los campos de sus ricas actividades sociales y vitales arreglada de acuerdo a consideraciones sociales y no gubernamentales. Esta es la razón por la cual los hombres de hoy, quienes, desde la cuna hasta la tumba, están siempre sujetos a la «mano ordenadora» del Estado, encuentran aquella época completamente incomprensible. De hecho, la estructura federalista de aquella época se distingue de los tipos de organización más recientes y las tendencias centralizadoras surgidas con el desarrollo del Estado moderno, no sólo por la forma de su organización técnica puramente, sino, principalmente, por las actitudes men-

tales de los hombres, los cuales encontraban la expresión en la unión social.

«La vieja ciudad no era solamente un organismo político independiente; constituía también una unidad económica separada cuya administración estaba sujeta a sus guildas. Tal organización tenía que fundarse, necesariamente, en un continuo reajuste de sus intereses económicos. Este era, de hecho, una de las más importantes características de la cultura de la vieja ciudad. Esto era lo más natural porque las diferencias de clase fueron, por mucho tiempo, ausentes en las viejas ciudades y todos los ciudadanos estaban, por ende, igualmente interesados en la estabilidad de la comunidad. El trabajo, en tal modo, no ofrecía la oportunidad para la acumulación de riquezas visto que la mayor parte de los productos eran usados por los habitantes de la ciudad y sus alrededores. La vieja ciudad no conocía la miseria social de la misma manera que desconocía sus profundos antagonismos» (33).

La fase comunal, en lo que respecta al derecho, defensa y orígenes, la amplía Pedro Kropotkin: «El precioso derecho al procedimiento judicial propio, que en aquel tiempo implicaba el derecho a la administración propia y a la legislación propia, se conservó en medio de todas las guerras y conflictos. Ni siquiera los juriconsultos que rodeaban a Carlomagno pudieron destruir este derecho; se vieron obligados a confirmarlo. Al mismo tiempo, en todos los asuntos relativos a las posesiones comunales, la asamblea comunal conservaba la soberanía y, como ha sido demostrado por Maurer, a menudo exigía la sumisión de parte del mismo señor feudal en los asuntos relativos a la tierra. El desarrollo más fuerte del feudalismo no pudo quebrantar la resistencia de la comuna aldeana: se aferraba firmemente a sus derechos; y cuando, en el siglo noveno y en el décimo, las invasiones de los normandos, árabes y húngaros, mostraron claramente que las mesnadas guerreras en realidad eran impotentes para proteger al país de las incursiones, por toda Europa los campesinos mismos comenzaron a fortificar sus poblaciones con muros de piedras y fortines. Miles de centros fortificados fueron erigidos entonces, gracias a la energía de las comunas aldeanas; y una vez que alrededor de las comunas se erigieron baluartes y murallas, y en este nuevo santuario se crearon nuevos intereses comunales, los habitantes comprendieron en seguida que ahora, detrás de los muros, podían resistir, no sólo los ataques de los enemigos exteriores, sino también los ataques de los enemigos interiores, es decir, los señores feudales. Entonces una nueva vida libre comenzó a desarrollarse dentro de estas fortalezas. Había nacido la ciudad medieval» (34).

La comuna fue un hecho permanente que nada tenía que ver con la revuelta y la represalia de los

(33). — Rudolf Rocker. — «Nationalism and Cultures». — Págs. 90-92. — Freedom Press. — Roger Publications Committee. — Los Angeles 1937.

(34). — Pedro Kropotkin. — «El apoyo mutuo». — Págs. 196-197. — Americalee. — Buenos Aires 1946.

desposeídos y los maltratados. Fue una fase constructiva, social, política, económica y cultural que pudo hacer frente a toda autoridad interna y externa hasta que el desarrollo del Estado moderno y su tendencia centralizante fue yugulando el espíritu federalista y centrifuga de la comuna.

El abate de Nogent-sous-Couci, escribía en el siglo XII que la «Comuna es un juramento de ayuda mutua (mutui adiutori conjuratio) ...un nombre nuevo y detestable. Y he aquí lo que se entiende por este nombre: los siervos pagan solamente una vez al año a su señor la renta que les deben. Si cometen algún delito se les absuelve mediante una multa legalmente establecida.»

Las «Cartas» que cada ciudad aprobaba contenían la firme voluntad de llevar hasta el fin sus deseos de libertad y libre acuerdo, de solidaridad y de justicia. La de la ciudad de Aire, sometida a Felipe, conde de Flandes y aceptada por éste dice: «Todos los pertenecientes a la amistad de la ciudad han prometido y confirmado bajo juramento que se ayudarán mutuamente como hermanos en todo lo útil y honesto; que si alguno ofende al otro, de palabra o de hecho, el ofendido no se vengará por sí mismo ni lo harán sus allegados... presentará una queja y el ofensor pagará la debida indemnización por la ofensa, de acuerdo por la resolución dictada por doce jueces selectos que actuarán en calidad de árbitros. Y si el ofensor o el ofendido, después de la tercera advertencia, no se somete a la resolución de los árbitros, será excluido de la amistad como hombre depravado y perjurio.»

Aquiles Luchaire en su obra «Les communes Françaises», cita numerosos textos de las Cartas comunales del medievo, tales como las de Amiens, Abbeville, Soissons, Compiègne, Senlis, en los que reza: «Todo miembro de la comuna será fiel a sus jurados y les prestará ayuda y consejo de acuerdo con lo que le dicte la justicia.» «Todos se ayudarán mutuamente, cada uno según sus fuerzas, en los límites de la comuna, y no permitirán que uno tome algo a otro comunero, o que obligue a otro a pagar cualquier clase de contribución.»

La autoridad centralista y feudal es mantenida a raya. Hay un paralelo impresionante entre el párrafo de la ordenanza de la ciudad de Bayona: «El pueblo es anterior al señor. El pueblo que sobrepasa por su número a las otras clases, deseando la paz, creó a los señores para frenar y reprimir a los poderosos...» y el de los fueros aragoneses espetándole a Carlos V: «Nos, que solos valemos tanto como vos y todos juntos más que vos.»

Querer, con la retina de nuestro siglo, exigir una depuración inquisidora a todos los atisbos que la historia nos brinda como materiales propensos a ser aprovechados para la edificación de la doctrina anarquista, no sería lógico. La humanidad ha llegado por senderos muy lentos hasta su estado actual y las costumbres y los prejuicios han sido transferidos de generación en generación y sólo muy lentamente el hombre se ha podido sacudir conceptos y creencias que la ciencia y el progreso han ido desenmascarando como erróneos.

Todos los ensayos, pues, que del pasado han llegado a nuestro conocimiento, adolecen de detalles que el pensamiento anarquista moderno nunca podrá suscribir. Empero, es deber del historiador y del sociólogo el desbrozar en este pasado aquellos hechos que dan título de nobleza al anarquismo y que, como hemos podido apreciar en el escarceo efectuado a lo largo de este capítulo, son muchos y significativos.

El anarquismo no ha brotado por generación espontánea ni ha sido obra de un pensador genial que podríamos llamar Godwin o Proudhon. La generación espontánea, en las ideas, está tan descartada como en la biología y el propio marxismo es deudor en sumo grado a muchos filósofos y economistas que precedieron a Marx en la cronología del pensamiento humano. El anarquismo está constituido, pues, de hechos y gestas que han permitido al historiador y al sociólogo antiautoritario descubrir que el ser humano tiende siempre a una mayor dosis de libertad, de igualdad y de solidaridad.

Ha sido misión de este sociólogo, después, el utilizar estos materiales que le brinda la historia, la antropología y las ciencias del hombre en general para estructurar un sistema de vida y de conducta bajo el cual la sociedad pueda regirse sin Estado ni Autoridad.

II

UTOPIAS

El pensamiento de Anatole France: «Las utopías de ayer son las realidades de hoy, las utopías de hoy serán las realidades de mañana», todo y pecando de optimista, sintetiza el perenne deseo del ser humano en desear lo que está más allá de su alma y materializar, hacer del deseo una imagen, lo anhelado a fin de hacerlo accesible.

Esta «imagen del deseo», de la que nos habla Buber, se proyecta igual hacia el pasado, en busca de la edad dorada, que hacía el futuro que es, en definitiva, donde debe hallarse la utopía. Como dice Saint Simón: «La edad de oro que una tradición ciega ha puesto, hasta hoy, en el pasado, se halla delante nuestro.»

En todas las épocas surge el escritor que no se resigna a verse encuadrado en el tema de la historia y la rebasa para crear regímenes ideales donde los hombres viven en armonía.

Regímenes completos, con instituciones y constituciones, normas urbanísticas y educacionales, tratados y códigos, todo previsto y todo solucionado gracias a la imaginación del escritor que no quiere dejar nada al azar, siempre con proyección hacia una mejor vida, una humanidad más evolucionada.

Platón está entre los primeros. Sus obras «La República» y «Las Leyes», son regímenes políticos de utopía donde todas las actividades humanas están previstas y, también, reglamentadas por añoranza, quizás, de aquellas leyes de Licurgo,

que hicieron de Esparta un Estado sin cupo para lo imprevisible (1).

Empero, y a pesar de todos los resabios arquistas, Platón sugiere ya soluciones que son dignas de tener en cuenta. Así vemos cómo en «La República» afirma que «un Estado en el cual existen dos clases no es un Estado; forman dos Estados. Los pobres constituyen el primero y los ricos el segundo; ambos viven juntos pero espiándose recíprocamente y sin cesar...»

«Ahora bien — dice en otra parte — toda esa juventud con habitación y mesas comunes, y no poseyendo nada particularmente, estará reunida...», y veremos más adelante, siempre en el libro V, que insiste sobre la comunidad de las cosas: «Y por lo tanto, la cizaña y los pleitos no se producirán por decirlo así en un Estado en el cual nadie tendrá nada suyo propio, excepto su cuerpo, y en donde todo será tenido en común.»

En «Las Leyes» insiste de nuevo sobre el tema de la abolición de la propiedad privada: «Donde quiera que esto se realice o deba realizarse, es necesario que las riquezas sean comunes a todos los ciudadanos y que se haga el máximo de esfuerzo en desarraigar del comercio de la vida hasta el nombre mismo de la propiedad...»

Otro utopista lo es San Agustín, que en el año 426 inicia su «Ciudad de Dios» que tardará diez años en terminar. Serán 22 libros dedicados a demostrar la pugna de dos ciudades, una volcada a Dios y la otra a Satán con la obtención de la eterna felicidad por la primera y los suplicios eternos para la segunda.

Los proyectos de sociedad, sin embargo, despuntan sólo modestamente a lo largo de la historia y de la literatura hasta que el descubrimiento de América viene a inflamar los ánimos de los europeos que encuentran, a través de las narraciones de los navegantes, lugares concretos donde poder implantar los regímenes que sus cerebros imaginativos crean.

Américo Vespucio habla en su «Mundus Novus» de «Pueblos que viven con arreglo a la naturaleza y mejor los llamaríamos epicúreos que estoicos... No tiene propiedad alguna sino que todas son comunes», «viven sin rey y sin ninguna clase de soberanía y cada uno es su propio dueño.

El primero en inflamarse es Tomás Moro; el primero, también, en introducir la palabra utopía. Consejero de Enrique VIII, poeta, filósofo, teólogo, humanista y, por haber manifestado desacuerdo en que Enrique VIII asumiera la máxima jerarquía de la Iglesia anglicana, mártir, ya que fue decapitado en 1535, Tomás Moro se vale de la gran zanja oceánica como de un puente de transición que aproxime visión y realidad y nos ofrece su «Utopía» que la narra el compañero imaginario de Américo Vespucio, Rafael Hitlodeo.

Más tarde, a medida que las naves irán domes-

ticando el océano, el libro de Moro alcanzará América y «Utopía» se convertirá en libro de cabecera del gran benefactor don Vasco de Quiroga: «El joven investigador mexicano Silvio Zavala, en su estudio «La Utopía de Tomás Moro en la Nueva España» (1937), ha llamado por vez primera la atención sobre un hecho que, a mi entender, reviste extraordinaria importancia: lo influencia de la «Utopía» de Moro en los «hospitales» fundados por don Vasco de Quiroga. Ha llamado la atención y puesto en evidencia documental el alcance de estas influencias. Para cualquiera que conozca las diversas interpretaciones, sin que falten las banales, que ha recibido el «utopismo» de Moro, este estudio de Zavala aporta un dato significativo: que la «Utopía» de Tomás Moro ha sido, además de la primera, la primera también que, con anticipación de siglos, es ensayada en la práctica y en suelo de América» (2).

La utopía dejaba de serlo para convertirse en realidad. América surte los materiales para que Moro la edifique y América, a través de los indios tarascos del Michoacán, la acoge de nuevo, ya transformada y en condiciones de aplicación.

La parte más interesante de «Utopía» se halla en el libro segundo de la obra donde Rafael Hitlodeo narra como es el sistema social de la isla de los utópicos «que mide doscientas millas en su parte central, que es la más ancha; durante un gran trecho no disminuye su latitud, pero luego se estrecha paulatinamente y por ambos lados hacia los extremos. Estos como trazados a compás en un perímetro de quince millas, dan a la totalidad de la isla el aspecto de una luna en creciente.»

La isla está compuesta de 54 ciudades y su capital es Amauroto en la que anualmente tres delegados de edad y de experiencia, representando a cada ciudad, se reúnen para tratar los asuntos comunes.

Todos los habitantes tienen la obligación de conocer los trabajos agrícolas y se establece un servicio de rotación de dos años a fin de que todas las familias pasen por la experiencia campesina. Los magistrados son nombrados por las propias familias y llevan el nombre de Sifogrante. El día lo dividen en 24 horas y dedican sólo seis días al trabajo.

«Al llegar aquí hay algo que debemos examinar más detenidamente, a fin de evitar cualquier error. Podríase pensar, en efecto que, como los utópicos sólo trabajan seis horas, llegarían a escasear entre ellos algunas cosas indispensables. Pero lejos de ocurrir así, no sólo les basta dicho tiempo, sino que aún les sobra para conseguir con creces cuanto requieren sus necesidades y su bienestar. Esto se hará fácilmente comprensible si se considera cuán grande parte del pueblo vive inactiva en otras naciones: en primer lugar casi todas las mujeres, o sea la mitad de la población,

(1). — Aristóteles, en cambio, considera que Esparta fue un pueblo inútil para la ciencia, para la paz, para el progreso y para la civilización.

(2). — Eugenio Imaz, en la introducción de «Utopías del Renacimiento», pág. 15. Fondo de Cultura Económica. México 1956.

pues si en alguna parte trabajan es porque los hombres descansan en su lugar la mayoría de las veces. Añádase esa multitud, tan grande como ociosa, de sacerdotes y de los llamados religiosos. Unanse a éstos los ricos propietarios de las tierras, denominados vulgarmente nobles y caballeros. Súmenseles sus servidores, famosa mezcla de truhanes armados. Agréguese finalmente los mendigos sanos y robustos que, para justificar su holgazanería, fingen alguna enfermedad y resultará que el número de los que producen con su esfuerzo lo necesario para la vida humana es mucho menor de lo que se cree. Considérese además el exiguo contingente de hombres ocupados en trabajos útiles, porque, donde todo se mide por el dinero, es inevitable la existencia de profesiones en absoluto vanas y superfluas, destinadas sólo a fomentar el lujo y el placer.»

El abastecimiento también presenta algo nuevo: «Cada ciudad se divide en cuatro zonas en cuyo centro existe un mercado provisto de todo. Las familias llevan a ciertos edificios situados en el mercado mismo los productos de su trabajo, los cuales, según su clase, se distribuyen en distintos almacenes. Los cabeza de familia piden en ellos lo que necesitan y se lo llevan sin entregar dinero ni otra compensación. ¿Cómo había de negárseles cosa alguna si todo abunda y no se recela que nadie solicite más de lo necesario? ¿A qué pensar que alguno pida cosas superfluas estando seguro de que nada ha de faltarle? La codicia y la rapacidad son fruto, en los demás seres vivientes, del temor a las privaciones y en el hombre exclusivamnete de la soberbia, que lleva a gloria superar a los demás con la ostentación de lo superfluo. Pero este vicio no tiene cabida entre los utópicos dado el carácter de sus leyes.»

Son pacíficos y «abominan la guerra como cosa totalmente bestial, aunque ningún animal la ejerce tanto como el hombre.» En religión existe la más completa libertad de cultos: «Diversas son las religiones así en la isla como en cada ciudad. Unos adoran al sol, otros a la luna y otros a alguna estrella errante. Hay quienes consideran, no sólo como a un dios sino al supremo dios, a algún hombre que se haya destacado en otro tiempo por su gloria o sus virtudes. Pero la mayor y más discreta parte de Utopía no admite ninguna de estas creencias y reconoce una especie de número único, desconocido, eterno, inmenso e inexplicable, que excede a la capacidad de la mente humana, y se difunde por el mundo entero llenándolo, no con su grandeza, sino con su virtud» (3).

(3). — Tomás Moro. — «Utopía» (Utopías del Renacimiento), pág. 40 y siguientes. FCE. — 1956.

La época, empero, obliga a Tomás Moro a incurrir en algo que la posteridad tendrá que censurarle: En la isla de los utópicos existe la esclavitud.

Moro ha realizado un esfuerzo inaudito que nos sorprende a cuantos tratamos de situarnos en aquel comienzo del siglo XVI (4). Los principios democráticos de los insulares; la visión del papel que juega el parasitismo en la sociedad; el sistema del libre reparto, sin coacción ni tasa, debido a la abundancia de los productos; la ausencia del dinero; la condenación de la guerra; la abolición de la propiedad privada, todo ello puede ser fruto solamente de una imaginación privilegiada con propiedades proféticas casi. La mácula de la esclavitud nos llama a la realidad para demostrarnos que Moro no se había sacudido totalmente el peso ambiental que hubiera permitido, si lo consiguiera, hacer de la Utopía un programa social apto aún para nuestra época.

Sin embargo el vocablo estaba lanzado y tenía que hacer su carrera brillante a pesar del acento peyorativo que refleja el léxico marxista cuando lo emplea (5).

Con el Renacimiento se soñó también en regresar a las Arcadias. Antón Francesco Doni escribe su «Il mondo savio e il mondo pazzo»; Mambrin Roseo vierte sobre las cuartillas «Elogio de Garamanti», Francesco Patrizi nos brinda «La Città Felice», Ludovico Agostini prueba con «Struttura e spiriti della repubblica imaginaria», Matteo Buonamico con «L'Isola di Narsida» (6).

En 1544 Sebastian Münster escribe su «Kosmographie» y describe los habitantes de las nuevas islas: donde se vive libre de toda autoridad, donde no se conoce lo justo y lo injusto, donde no se castiga a los malhechores, donde los padres no dominan a sus hijos. No hay ley, libertad completa en las relaciones sexuales. Ni un solo atisbo de dios, ni de bautismo, ni de culto.»

(Continuará.)

(4). — La primera edición de «Utopía» aparece en 1516, en latín.

(5). — El capítulo de «El Manifiesto Comunista» de Marx y Engels titulado «El socialismo y comunismo crítico-utópico» va dedicado a cuantos no participan del «cientifismo» marxista, que también son llamados socialistas burgueses.

(6). — Carlo Curcio. — «Utopisti italiani del Cinquecento». — Colombo. — Roma, 1944.

POETAS DE AYER Y DE HOY

LA ABEJA Y LOS ZANGANOS

A tratar de un gravísimo negocio
Se juntaron los zanganos un día.
Cada cual varios medios discurría.
Para disimular su inútil ocio;
Y para librarse de tan fea nota
A vista de los otros animales,
Aun el más perezoso y más idiota
Quería, bien o mal, hacer panales.
Mas como el trabajar les era duro
Y el enjambre inexperto
No estaba muy seguro
De rematar la empresa con acierto,
Intentaron salir de aquel apuro,
Con acudir a una colmena vieja,
Y sacar el cadáver de una abeja
Muy hábil en su tiempo y laboriosa:
Hacerla, con la pompa más honrosa.
Unas grandes exequias funerales,
Y susurrar elogios inmortales
De lo ingeniosa que era
En labrar dulce miel y blanda cera.
Con esto se alababan tan ufanos,
Que una abeja les dijo por despique:
¿No trabajáis más que eso? Pues, hermanos,
Jamás equivaldrá vuestro zumbido
A una gota de miel que yo fabrique.
¿Cuántos pasar por sabios han querido
Cen citar a los muertos que lo han sido!
¿Y qué ponpesamente que los citan!
Mas pregunto yo ahora: ¿los imitan?

★

CALLA, CORAZON...

Calla, corazón, ¡no cantes!
Calla, corazón, ¡no hables!
El hablar está prohibido...
¡No hay razón para que cantes!
Corazón... ¡Ay corazón!
¿Por qué me parió mi madre?

Canta y habla el africano
(Ayer no más, tan salvaje).
Y yo con tan larga Historia...
Corazón, no, tú no hables!
Corazón, ¡ay corazón!
¿Por qué, por qué me parió mi madre!

España, marzo 1962.

Bajo el signo de ESTUDIO Y RECREO

CENIT ofrece a sus lectores las obras siguientes:

MAS DE 100 TITULOS

«Mendizábal», Galdós	1 50
«Mercurial Eclesiástico», Montalvo	3 50
«Metafísica», Balmes	2 50
«Método práctico de autosugestión», P. C. Lacot ..	6 00
«Mi conciencia vestida de rosa», Chantepleure ..	1 50
«Mientras yo agonizo», Faulkner	6 00
«Miguel Strogoff», Verne	2 50
«1948», Orwell	3 50
«Mi lucha», Hitler	2 50
«Mi política», G. Ordás	15 00
«Misericordia», Galdós	1 50
«Mi tío Spencer», Huxley	4 50
«Montes de Oca», Galdós	1 50
«Nacha Regueles», Gálvez	1 50
«Napoleón en Chamartin», Galdós	1 50
«Narvaez», Galdós	1 50
«Nicolai y el pensamiento social»	1 00
«Nido de Hidalgos», Turgueniev	3 00
«No hay burlas con el amor», Calderón de la Barca	3 20
«Norte contra sur», Verne	3 00
«Nostradamus», Zevaco	1 50
«Novísimo diccionario escolar», Héctor F. Mivi ..	3 00
«Nubes de estío», Pereda	1 50
«Nuestra Señora de París», V. Hugo	2 50
«Obras del Marqués de Santillana»	2 80
«O'Donnell», Galdós	1 50
«Orientación Anarquista», Grave	1 00
«Origen del socialismo moderno», Rocker	1 20
«Origen y naturaleza de las ciencias», Babine ..	3 50
«Páginas selectas de Multatuli», Alaiz y Rocker ..	1 00
«Para abrirse camino en la vida», Roudes	6 00
«Paseo humorístico a través de las religiones», N. Simón	1 00
«Patología sexual», Torel	2 80
«Pequeño Diccionario Castellano», Supra	1 00
«Pequeño Diccionario», Parvus	1 00
«Pequeño Diccionario Enciclopédico», Brevis	4 50
«Persuasión», Austen	3 80
«Piel de asno»	1 80
«Pinocho»	1 80
«Pleno de FF. LL. Regional núm. 2	0 50
«Poema del Cid», (Anónimo)	3 00
«Poesías completas», J. A. Silva	1 50
«Poesías completas», R. Pérez de Ayala	3 20
«Poesías juglares», R. Menéndez	2 80
«Port-Tarascon», Daudet	2 50
«Presencia del anarcosindicalismo», Mercier	3 00
«Prim», Galdós	1 50
«Príncipe y mendigo», Twain	1 20

MAS DE 80 AUTORES

«Problemas del sindicalismo», Peiró	0 70
«Procreación prudencial», Stopes	2 50
«Prosas prophanas», R. Darío	3 50
«Prontuario compuesto de conjugación», Larzati ..	6 00
«Proyección de Iberia en América», V. García ..	0 50
«¿Qué es el anarquismo?», Cano Ruiz	1 50
«¿Qué es arte?», Tolstoi	1 50
«¿Quo vadis?», Sienkiewicz	2 50
«Recuerdos de niñez y mocedad», Unamuno	2 00
«Reivindicación de la libertad», Ernestán	1 50
«Relatos de un cazador», Turgueniev	2 80
«Resurrección», Tolstoi	2 50
«Retrato de un matrimonio», Buck	5 00
«Río abajo», Loboión	3 50
«Robinson Crusoe», D. Foe	14 80
«Revoluciones sociales del siglo XX», C. M. Rama ..	1 50
«Riverita», A. Palacio	3 80
«Romance de tradición», Cossío	2 80
«Romancero de la libertad», G. Oliván	1 50
«Ronda de la luna», Campio Carpio	1 50
«Rusia y España», García Pradas	3 00
«Salambo», Flaubert	2 80
«San Manuel Bueno Mártir»	1 50
«7 de julio», Galdós	1 80
«Sin novedad en el frente», Remarque	1 50
«Sinvergüenzas», P. Mata	2 50
«Sobre las viñas muertas», V. Vila	1 00
«Socialismo autoritario y socialismo libertario», M. Nettelau	1 50
«Sociología», Ingenieros	2 80
«Spinola», Yebes	1 50
«Stendhal», Zweig	0 50
«Sugestión de España», Alaiz	4 00
«Teorías del conocimiento», Hessen	2 80
«Titania», Benavente	1 50
«Trafalgar», Galdós	1 50
«Traición por traición», Zamacois	3 00
«Tratados», Gracián	1 50
«Tres camaradas», Remarque	2 50
«Tres poetas primitivos», R. Hernández	2 50
«Últimos días de Pompeya», Bulwer	2 50
«Una aventura demasiado fácil», Pedro Mata	1 00
«Una ciudad flotante», Verne	2 50
«Una esclavitud de nuestro tiempo», D. Meersch ..	1 50
«Una historia de los tiempos venideros», Wells ..	1 20
«Un billete de lotería», Verne	2 20
«Un capitán de 15 años», Verne	1 20
«Un capricho del doctor Ox», Verne	1 20
«Un descubrimiento prodigioso», Verne	1 20
«Un terrible experimento», Wells	1 50

Pedidos a M. CELMA (S. L.) 4, Rue Belfort 2ème - Toulouse (H.-G.)